

Cristina Cerrada

Europa



Lectulandia

Europa es la historia de Heda, una joven que llega a Europa junto con su familia, huyendo de un país en guerra. Su nueva vida transcurre entre su casa, un hogar humilde que sus padres se esfuerzan por construir, y la fábrica donde trabaja con su hermano y con otros refugiados.

Heda observa cómo la vida avanza y, con ella, cómo sus seres queridos se adaptan a este nuevo comienzo. A medida que conocemos su historia, saldrá a la luz la herida invisible y profunda que el pasado deja tras de sí.

Europa es una novela sencilla y conmovedora, escrita con una fuerza narrativa poco habitual, sobre el desarraigo y sobre todo aquello que silenciamos para seguir adelante. Con un estilo sólido y maduro, Cristina Cerrada ha creado una voz nada convencional, nítida y precisa, en la que el silencio es una herramienta más para sobrevivir.

Lectulandia

Cristina Cerrada

Europa

ePub r1.0

Titivillus 05.08.18

Título original: *Europa*
Cristina Cerrada, 2017
Diseño de cubierta: Diego Fernández

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para F. Pablo y Gabri

¿Qué era esta nueva sensación, esta nueva tortura que venía a agregarse a todas las demás? ¿Era consecuencia de la noche pasada sobre la tierra húmeda, o era inanición? ¿Era sencillamente absurdo vivir así!

KNUT HAMSUN,
Hambre

I

EUROPA

La música de baile saldrá por el pequeño altavoz del transistor. Mientras Heda se balancee frente a la ventana, él la mirará. No habrá dejado de mirarla desde que llegó. No importará que la haya visto cada día. No importará que tenga los labios agrietados. Que no se peine. Que vaya sin maquillar. No apartará los ojos de ella cuando llegue. Él, probablemente, habrá pagado a la dueña de la pensión antes de subir. El hombre poderoso. El que la habrá comprado. El que pagará su salario y el de toda la familia. El hombre al que un día matará.

El cristal de la ventana, opacado en negro, le devolverá la silueta turbia de su propio cuerpo. Un cuerpo juvenil. Un cuerpo que él observará desde lejos, con prevención. Quizá con miedo.

Con deseo.

Eso la enardecerá las primeras veces. El deseo contenido en el temblor de su mentón. En las puntas de sus dedos aferrando la llave de la habitación. Su cárcel. La de los dos. El deseo traspasando sus pestañas, atravesando sus párpados, haciéndole mover los labios como si pronunciara una oración. A veces lo habrá visto mordérselos. Morder esos labios con los que no se atreverá a besarla la primera vez.

—Tal vez esa extraña forma que tienes de odiarme sea amor —lo oírás decir.

Sabrás que la está mirando. La mirará mientras ella mueve los hombros frente al cristal oscurecido, al ritmo de la melodíaailable. Aunque no podrá verlo, sentirá su deseo en la piel de los tobillos. En los muslos. En la espalda. En los pliegues de la nuca. En las comisuras de la boca.

Será en esos momentos cuando más desee matarlo.

—No. No es amor.

HEDA

En sus sueños, como en la peor de las certezas, es a veces empujada por el terror. Sueña que es un soldado. Es un soldado porque arrastra un uniforme sucio, del color verde de la Naturaleza, y porque en todas partes hay sólo verde y más verde quemado por el sol, y otros soldados ocultos, quizá cientos de ellos, miles de soldados verdes bajo el sol.

Sueña que atraviesa corriendo calles que han dejado de serlo, calles siniestras quemadas por el sol que casi parecen naturaleza rota, reventada: un bordillo que no es un bordillo, sino una roca, junto a más piedras duras, aristas, rotas; y jardines que no son jardines sino campos verdes que ahora revientan quizá bajo el sol, bajo los pies pesados.

Las balas silban. En ocasiones así, a lo largo de las calles quemadas, de los jardines quemados, las casas que ha conocido parecen dadas la vuelta, vueltas del revés. No se puede entrar ni se puede salir, es peor que un desierto inhóspito, ardiente, quemado. Sólo puede seguir arrastrando los pesados pies a través de las calles verdes quemadas, de las casas vueltas del revés, mientras el sol sacude violentamente a los soldados ocultos tras los semáforos verdes, tras los bordillos agujereados de musgo, encima de las colinas que son ahora las casas vueltas del revés, y les arranca estelas calientes, siseantes, blancas, que atraviesan el aire inconsciente rozando su uniforme. ¿Dónde están?

Pero aun así, está todavía viva, terriblemente, con una certeza brutal que no es verde, ni lo fue nunca, que no tiene nada de natural. Aún sus ojos no están viendo el rojo del semáforo herido, de la sandía abierta, podrida, bajo la mesa. Y esa certeza es peor que todo, que todo el verde y el rojo. En sus sueños, como en la peor de las certezas, a veces es un soldado que corre. Siempre corre, no hay opción. Nunca hay opción.

VANĚEK

VanĚek toma el autobús y se dirige a la fábrica. Tiene allí varias cosas que hacer, además de su trabajo diario como ayudante del capataz. Knopf sabe que llegará tarde; no le preocupa Knopf. A menudo lo hace. Ha bebido aguardiente y Knopf lo notará en su aliento. Pero él notará en el aliento de Knopf que ha bebido también. No les importa porque se conocen. Los dos son del mismo pueblo y han huido del mismo país. Los dos han huido de la guerra. Están allí simplemente esperando la siguiente muerte. La suya. Adornan las horas con alguna distracción. Infantil, en ocasiones, como arrancar las ropas a una chica o incendiar alguna cosa con un poco de keroseno en un bidón. Engrosar la capa de humus palpitante que es la muerte cotidiana con imágenes de televisión de su país, de los tanques, de los bombardeos en las plazas, de las violaciones en los parques, en las afueras, de la ruina general del campo y la aniquilación económica.

Ahora se ríen porque viven aquí, en el país extranjero. Porque mueren aquí. Lejos. En otro país. Knopf y él se llevan bien. Han llegado a un arreglo: si Knopf no mata a VanĚek, VanĚek matará a Knopf.

Los dos saben eso.

LA LLEGADA

La primera vez que lo vio, Vanÿek le recordó al abuelo. Parecía un hombre de campo, viejo, aunque no lo era. Llevaba un uniforme. El ejército sólo llamaba a los jóvenes. Asustaba. Nunca ha recordado si el uniforme era de sus compatriotas o del invasor. El abuelo mataba animales a la entrada del bosque; se lo contó papá. Vanÿek, personas.

No volvió a ver a Vanÿek hasta el día que ella y su familia entraron en la ciudad. Llovía. Había pasado mucho tiempo. Años. Tal vez dos. Tal vez tres. El camino desde la estación lo habían hecho a pie, cada uno tirando de una maleta, papá de dos. Pamuk y ella mirándolo todo. Pamuk parecía asustado. Semejaba un cachorro de perro, con todo el pelo mojado y aplastado pegado a la piel. Primero habían recorrido un kilómetro y medio de carretera polvorienta por una pequeña franja de arcén, para acceder a la ciudad desde el sur. Después se habían turnado para sujetar el paraguas por encima de los cuerpos y las cabezas de los demás, pero se habían mojado de todas formas.

Cuando llegaron empezaba a oscurecer. El sol aún no se había puesto, pero en las calles apenas quedaba luz y las farolas permanecían apagadas. Los perfiles de las casas aparecían borrosos, como el contorno de las calles, que estaban llenas de barro, un barro que se introducía en los comercios por las puertas abiertas de par en par. Madre quiso pararse a comprar algo para cenar, pero papá dijo que no, que los esperaban en la pensión, que algo les darían allí. Al día siguiente, Pamuk y él tenían que levantarse temprano para ir a trabajar.

—No quiero depender de unos extraños —respondió la madre, parada bajo el paraguas al lado de papá.

Papá la apretó contra sí y sonrió:

—No son extraños, mujer. Son compatriotas.

—Que vaya Heda —dijo la madre—. Pamuk, coge su maleta y que Heda vaya a esa tienda a comprar. Compra patatas y embutido. Y algo de leche, si hay.

—Pero Heda no sabe dónde queda la pensión —dijo papá.

Heda entregó la maleta a Pamuk.

—La encontraré.

Bajo unos soportales reconoció el cartel luminoso de la cadena de supermercados.

La enorme hucha dorada. Corrió hacia ella, sorteando grupos de mujeres que caminaban del brazo. Dentro, el muchacho indio de la caja la miró. Nunca había visto un indio. Después, apartó la vista y reanudó su actividad.

Heda recorrió el pasillo. Reconocía las objetos, pero no los nombres. Los nombres no eran nada, agrupaciones de letras. Los pronunció, esperando que se produjese una señal. Pero nada ocurrió. Dio al cajero los paquetes. Él registró el precio en la máquina y le tendió a Heda una bolsa. Lo guardó todo por sí misma y se marchó.

La lluvia barría las calles. No como en su país. Pesada, cayendo sobre las cosas sin danza, sin poesía, sin vacilación. Era la hora de salida de la fábrica y docenas de trabajadores se precipitaban bajo la lluvia hacia la parada de autobús. Corrió a resguardarse en un soportal. Allí, un hombre fumaba mientras aguardaba que la lluvia amainase. Era Vanÿek.

Lo observó. Él la observó también, aunque no la reconoció. Permaneció allí parado hasta que su cigarrillo se consumió y entonces arrojó la colilla a la lluvia y avanzó golpeando las baldosas hacia ella. Heda se orinó encima. Vio otra vez el suelo y los pedazos de fruta podrida y los jirones de papel. Y la pierna de Vanÿek contra su esternón.

Echó a correr. La plaza se había sumido en la oscuridad. Sólo el gran cartel de Marlboro permanecía iluminado bajo la marquesina. Se dirigió a un anciano que cruzaba la calle y le preguntó en su lengua por la pensión. Pero él la miró sin comprender y siguió andando. Corrió hacia la calle Mayor. Tenía las ropas mojadas, y los calcetines. Y los zapatos le resbalaban. Algunos trabajadores a los que sólo oyó pero no vio se rieron en voz alta desde el interior de algún bar. La calle Sylvester, allí estaba. Los números encima de los portales de las casas. ¿Cuál era el número de la pensión? Veintidós. Veinticuatro. Veintiséis. Treinta. Treinta y dos.

Empujó la puerta.

La zahúrda lóbrega como la boca húmeda de un dios menor la engulló.

PAMUK

La casa de la calle Sylvester es húmeda y marrón. No hay nada en ella que se pueda llamar decorativo. No hay nada superfluo, gratuito, de más. En cambio, hay muchas cosas de menos. No hay papel en las paredes, por ejemplo, no hay lavadora, no hay lámparas cubriendo las bombillas, no hay calefacción. Heda lava a mano los pantalones de su hermano, la ropa interior de su madre y la de ella, las camisas de papá. Luego sube a tender a la azotea, donde ondean las coladas de los otros habitantes de la casa, expatriados como ellos. Se sienta y las contempla. Es como ir a bordo de una nave. Una nave de los locos que surcara aguas internacionales, en las que brilla un sol incomprensible. Las ropas se inflaman al viento como banderas, banderas con mangas y cuellos, y botones arrancados, con lazos raídos y agujeros, con remiendos. Banderas de rendición incondicional. Se supone que debería sentirse a gusto allí, entre sus compatriotas. Pero no. Se pone la mano ante los ojos, como una visera, el sol atraviesa las pancartas, las antenas de televisión, el fantasmagórico velamen de la nave de los locos de la calle Sylvester, y le hiere las pupilas con su luz de sol enfermizo del norte, que no parece un sol.

Su madre grita desde la escalera que es la hora de cenar. Al rato, Pamuk abre la puerta de la azotea y sonrío arrugando los ojos, deslumbrado por la luz.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta.

—¿No lo ves? —dice ella—. He subido a tender. ¿Adónde vas?

Él lleva puesto su mejor jersey. Es uno de punto de lana en color rojo que compró en una tienda de su país. Parece mentira. Parece imposible que fuese adquirido allí, hace una eternidad. Parece mentira y, aun así, conserva aquí toda su consistencia, su realidad. Quisiera tocarlo para cerciorarse de que no está soñando con el jersey, de que se trata de un jersey de verdad. Pero hace días que Pamuk la pone enferma. No se siente inclinada a manifestarle su afecto, no quiere tocarlo o estar cerca de él. Para qué. Él. El culpable de que tuvieran que huir.

—¿Por qué no vienes conmigo a la taberna? —le pregunta a Heda.

—No —dice ella. Se acerca al borde de la azotea y se asoma por encima del pretil. Es agradable mirar las cosas desde allí. Parecen pequeñas e inofensivas, tan insignificantes como ellos—. No tengo ganas —dice riendo, aunque no tiene ganas de reír.

Pamuk empuja una lata arrugada de Coca-Cola con el pie. Sonríe:

—¿No tienes compasión por tus compatriotas?

Pamuk, el pequeño ciempiés, sorteando los obstáculos de la pista de atletismo del colegio, el chico más veloz del pueblo. Pamuk, que mojaba las sábanas por la noche, Pamuk el idealista que no había tenido ocasión de hacerse mayor.

—Pamuk —dice Heda, volviéndose hacia él. Apoya los dos codos en el borde de la cornisa y mira por encima de su hermano, a los tejados más allá—, no puedo perder el tiempo con éstos. Tengo mucho que hacer. También tú deberías buscar algo que hacer.

—Ya lo hago —dice él—. Trabajo en la fábrica. Es un buen trabajo.

—Tú podrías hacer algo mejor.

Pamuk le da una patada a la lata y la manda lejos.

—Tú podrías hacer algo mejor —contesta—. Yo ya tengo bastante con lo que hago. En cambio, tú no. En la ciudad he visto muchas chicas de nuestro país trabajando en tiendas. Como Ibbet. Tú podrías trabajar en una tienda como Ibbet.

—Yo no he estudiado para trabajar en una tienda.

—No te pongas de mal humor —dice Pamuk. Odia estar de mal humor. No quiere que nadie lo esté. De pronto, saca algo del bolsillo y se lo da. Dice—: Toma. Ibbet lo ha bordado para ti.

—¿Qué es? —dice ella.

Es un alfiler. Un corazón de tela con una flor bordada dentro de él.

—Tienes que conocer a Tobbías —dice Pamuk.

—¿Quién es Tobbías?

—El hermano de Ibbet.

—No.

—¿Es porque no fue a la universidad? ¿Porque no estudió Ciencias Políticas?

De un salto, Pamuk se apoya sobre las dos manos y se pone a caminar boca abajo. Después vuelve a incorporarse. Se ríe.

—¿De verdad te importa tanto lo que la gente es? Mira madre, no estudió. Y papá...

—No hables mal de papá —lo interrumpe ella.

Se aleja de la cornisa y camina hacia su hermano. Le gustaría abrazarlo, pero no lo hace.

LA FÁBRICA

Salieron de noche. Tardaron sólo dos días en atravesar tres fronteras, tres países. Por la noche habían dormido en casa, papá había regalado las gallinas, vendido la vaca. Amontonaron los cestos con tomates y pimientos contra la pared del corral. Heda había recogido sus libros en un hato y lo había camuflado entre la ropa de la maleta, sin que la madre lo advirtiera. Pamuk fue tumbado en el suelo del coche hasta la estación.

Las primeras noches en la pensión de la calle Sylvester no se creía que estuviesen allí. No dormía. Antes de que saliera el sol se lavaba la cara en la cocina. Las paredes estaban muy cerca unas de otras. Notaba el bombeo de la sangre contra sus sienas. Le latía muy deprisa el corazón. Nunca antes había pensado en su corazón. En que estaba rojo y caliente, en que latía solo, ahí adentro, en el pecho. En que podía dejar de latir.

Hay una fábrica en la ciudad, una fábrica de plásticos y derivados del plástico. Pero no es la fábrica de papel. Hay otras fábricas más. Una de coches en las afueras. Dos más, una de vidrio y otra de relojes, en un pueblo un poco más allá. Otras. Y luego está la del señor Schultz, la más grande de todas, la de papel.

—Hoy irás a la fábrica con tu padre y con Pamuk —dice la madre.

—¿Para qué? —pregunta Heda.

—Tienes que trabajar.

Pamuk ya trabaja allí. Tiene los dedos ennegrecidos de manipular las planchas. Papá da clase en las escuelas de los pueblos. Heda tenía que dar clases con él.

—Irás a la fábrica y hablarás con el señor Schultz —dice la madre—. Tu padre y él han encontrado algo para ti.

Papá no conocía al señor Schultz. Pero un hombre que conocía a papá, con el cual papá tenía cierta amistad, sí. Ese hombre había hablado al señor Schultz de papá. También de la madre, de Heda y de Pamuk. Lo que el señor Schultz sabe de papá es que tuvo que huir del país. No puede hacerse una idea de lo que piensa Heda acerca de ello. O la madre. O papá. Hay cientos de hombres procedentes del país trabajando en esas fábricas, huidos de sus casas por la misma razón, o semejantes. Qué más da. También, el señor Schultz ha conseguido a papá su empleo como profesor. Papá no sabe a ciencia cierta cuál es el credo del señor Schultz. Pero lo que sí que parece claro

es que el credo de ellos, al señor Schultz, a todo el mundo allí, en realidad, les da igual.

El trabajo acaba de comenzar en la fábrica cuando bajan del autobús. El ruido lo llena todo, un estruendo constante, ensordecedor. Miles de máquinas funcionando a la vez. Heda siente una punzada en el pecho, se pregunta si podrá trabajar allí, con todo ese ruido. Inmediatamente lo desecha. De un modo u otro, ella trabajará con papá. Dando clases como él. Para eso ha estudiado en la universidad.

Pamuk desaparece el primero. Su puesto se halla en el taller, entre todas aquellas máquinas de aspecto peligroso. De momento, maneja una que corta grandes piezas de papel. Parece una guillotina inmensa cuando se la enseña a Heda. Pamuk, además, la engrasa, se encarga de revisarla cada tarde, antes de marcharse. Debe cuidar asimismo de que el papel no se atasque, de que nada se detenga por su culpa.

Pamuk queda en su máquina rodeado de las miradas medio indiferentes medio envidiosas de los demás. Papá y ella suben por una escalera metálica que conduce a las oficinas del piso superior. Se eleva por encima de una plataforma, sobre la planta de manufactura, y acaba en una pasarela de cristal. Mientras la atraviesan, Heda mira a través de los cristales, distingue a lo lejos el campo. Piensa en los apartados prados que rodean el campus de la universidad, en el ágil muchacho que la perseguía, manejando horriblemente los pedales de la bicicleta del preboste, riendo, urgido también por la prisa, la prisa roja y desbocada que hace latir el corazón.

Un hombre aguarda al otro lado del corredor. Es el señor Schultz. Tiene preparado para ella un puesto en el almacén, dice, de momento podría ayudar con los paquetes. El señor Schultz tiene unos cuarenta años, nunca sonríe. Lleva un celuloide rígido debajo de la corbata. Su propio cuello, muy ancho, parece estrangulado a causa de él. Papá le estrecha la mano, sonríe.

—Es una muchacha muy preparada —dice—. Ha estudiado el idioma. En poco tiempo verá que lo habla tan fluidamente como usted o como yo.

Pronuncia las palabras de forma que en sus labios suenan como una esperanzadora profecía. El señor Schultz, en cambio, no dice nada. Se sienta detrás de su escritorio y ni siquiera se molesta en contestar.

Al cruzar de nuevo por la pasarela, Heda se detiene a mirar por el cristal. Los obreros, abajo, parecen hormigas, moviéndose meticulosamente por los pasillos de la planta.

—¿Estás bien? —le pregunta papá.

—Me ha dado un vuelco el corazón —dice ella.

—Eso no es nada.

Es verdad. Es estúpido pensar en su corazón, se dice. Ahora. Allí. Antes nunca había pensado en él.

Intentará no hacerlo más.

EL PUEBLO

En el establo, papá ordeñaba la vaca en medio de la bruma de color azulado del amanecer. Heda le preguntó por qué tenían que vivir allí, en aquel pueblo tan feo. Por qué, si antes vivían en la ciudad. Ella quería volver a la ciudad. Ir al colegio en autobús. Sentarse en una cafetería a merendar. Papá movió un poco la banqueta para apoyarse mejor en la vaca y recostó su cuerpo contra ella, contra la barriga del animal, como si quisiera oír lo que había dentro. La vaca volvió la cabeza hacia papá.

—Las ciudades no son buenos lugares para vivir —dijo.

—Pues a mí me gustan más.

—¿Por qué? La gente no se conoce. No se quiere.

—¿Y qué?

—Se odian los unos a los otros.

La vaca movió el rabo, se sacudió una mosca. Heda supo que el animal entendía a papá. No sólo lo quería, sino que lo entendía. Se comunicaba con él, tal vez a través de su intestino.

—¿Qué quieres saber? —dijo papá.

—Cuándo volveremos a la ciudad. No me gusta vivir aquí.

—¿Por qué no te gusta vivir aquí? —le preguntó, tirando de las ubres de la vaca como si entre él y ella hubiera un entendimiento mutuo que sólo ellos podían compartir.

—No me gusta la gente. No comprenden las cosas. No hablan bien. No hablan como madre y como tú. O como Pamuk y yo.

—Eso no tiene importancia —dijo él—. Utilizan un dialecto.

—Ya lo sé.

—¿Entonces?

—Quiero volver a nuestra casa de antes.

Papá sacudió la cabeza.

—Ya no existe esa casa.

Heda se entristeció. Papá la miró y sonrió.

—Supongo que algún día te irás. Te darás cuenta de las cosas por ti misma. No pensarás tan mal de este lugar.

—Si me voy, nunca más volveré.

—Tal vez. Cuando vayas a la universidad.

—¿Falta mucho?

—No mucho, en realidad.

Era pequeña y sintió ganas de llorar. Pensó que no era buena. Que había algo malo en ella. Algo, pensó, por lo que algún día tendría que pagar.

VANŸEK

VanŸek trabaja en la fábrica a las órdenes de Knopf. En el muelle que hay detrás del almacén. Al principio, Heda no supo que era él. Tenía el rostro curtido, quemado por el sol. Pero era él.  C mo era posible que hubiese llegado hasta all ? Habiendo tantos lugares. Llevaba un gastado gab n roto por los bolsillos, el cuello subido, un cuello que por las costuras dejaba escapar jirones de guata. Estaba más gordo y más viejo pero era él.

Knopf, el capataz de la fábrica, le pasa la botella de vino a VanŸek. Siempre están juntos, sentados en el banco detrás del almacén. Ríen. Se palmean la espalda. Imagina que hablan de la guerra. De gente desaparecida. De chicas que sacan de los trenes a patadas, golpe ndoles la tripa. De ancianas con la ropa quitada. De iglesias quemadas. De puentes volados. Cada vez que ve a VanŸek, o se orina encima o siente ganas de vomitar.

Se esconde. Aunque piensa que es inútil esconderse. VanŸek ahora trabaja all . Los dos trabajan all , en la fábrica de papel. Un día u otro se verán. VanŸek la mirará a la cara y tal vez la reconocerá. Heda lo sabr .

VanŸek y Knopf se levantan del banco y se van. Heda se queda un rato all , agazapada, hasta que se hace tan pequeña que su cuerpo casi no se distingue de los neumáticos que hay apilados en el patio.

PAMUK

Eran las tres de la mañana. Un soldado entró en su cuarto y le puso una mano en la boca. Era Pamuk.

—Cállate —le ordenó—. No quiero que se despierten madre y papá.

Heda apartó la mano de su hermano y le preguntó:

—¿Qué has hecho?

—Chsss. He dicho que bajes la voz.

Hablaba con la misma fiereza que los demás soldados, tanto los de casa como los del invasor. Daba miedo también. Heda trató de incorporarse, pero él le puso una mano en el hombro y la empujó contra la almohada.

—En la capital se han alzado —dijo con un brillo maléfico en los ojos—. Han intentado tomar la estación de radio.

Soltó a Heda y caminó por la habitación. A grandes zancadas, clavando los tacones de sus robustas botas de militar. Heda lo recordó saltando vallas, con el labio partido. Con las rodillas desolladas. Con los mocos resbalándole por el mentón.

—También lo han intentado con el edificio del tribunal —dijo Pamuk. Después de un momento, rio—. Pero los detendremos. ¡Los detendremos!

Sacó un paquete de tabaco del bolsillo de la guerrera y siguió hablando, sin mirarla. Los dedos le temblaban. Cuando intentó coger un cigarrillo, el paquete se le cayó.

Entonces, en lugar de agacharse y recogerlo, se dejó caer sobre la cama junto a Heda. Hundió la cabeza entre los hombros, y empezó a sacudirle un rítmico vaivén. Se puso a llorar.

Heda le tocó la espalda.

—¿Qué ha sucedido? Dímelo.

—Le he delatado, Heda —dijo sollozando Pamuk.

Heda apartó la mano de él. Pamuk la miró con odio, pero luego se arrojó en su regazo e intentó abrazarla. Forcejearon. No podía parar de sollozar. Pronto, hubo ruidos en la casa. Al cabo, papá entró en la habitación. Pamuk lo miró presa del pánico. Se levantó de la cama y retrocedió como ante una aparición. Cuando entró la madre se derrumbó de nuevo, hundiendo la cara entre las manos. Ella lo atrajo hacia sí, lo acunó. Se sentaron en la cama de Heda y lo estuvo acunando como cuando era

un bebé hasta que Pamuk dejó de llorar.

Amaneció. La madre aún acariciaba el pelo rubio de su hijo, que se había quedado dormido en su regazo. Papá se sentó en una silla y, con las manos unidas frente al rostro, rezó. Pero rezaba con los ojos abiertos. Secos.

—Duerme —le dijo a Heda, mirando al vacío—. Mañana, a lo sumo pasado mañana, tendremos que marcharnos de aquí.

Pero a Heda se le había pasado el sueño.

LA FÁBRICA

Llueve. El autobús se detiene cinco veces antes de llegar a la fábrica. Con la cabeza apoyada en el cristal de la ventanilla, Heda mira el paisaje pasar. Campos abandonados de labranza. Pueblos grises con las casas sin pintar. Calles anchas flanqueadas por coches destartados. Un vertedero coronado por la campana de una iglesia. Silos y almacenes con grandes letras escritas en el tejado. Otro pueblo. Un río. Una montaña. Otro pueblo más. La lluvia golpea con tanta fuerza en el techo del vehículo que parece que lo fuese a perforar.

Cierra los ojos. Durante un rato, los solares desiertos siguen sucediéndose tras el cristal. Toma su carpeta de tapas duras del trabajo y saca de dentro unos papeles. Los repasa. Hileras de números y palabras. Simples, monosilábicas. Un repertorio tan pequeño que no habría hecho falta ir a la escuela, leer esos libros que papá le obligó a leer, repetir tantas frases de difícil pronunciación. A veces, la vista se aparta de los papeles fuera del autobús. Le gustaría estar de nuevo en su país, volver a la universidad. Tomar chocolate en la cantina. Montar en bicicleta. Aquí es como si fuera otra persona.

No quiere llegar a la fábrica, fichar, subir las escaleras de la oficina y sobrevolar la planta por la pasarela para desenfundar su máquina de escribir un día más. Ficha en la recepción de la oficina y sube por las escaleras metálicas hasta la pasarela que sobrevuela parte de la plataforma de la fábrica. El ruido de las máquinas de la planta de manufactura, abajo, es ensordecedor, aunque ahora le llega amortiguado, a través de los grandes paneles de cristal. Pamuk también estará allí, en algún lugar del taller, entre todos esos obreros taciturnos, vestido con mono azul. Otro más entre tantos como él.

La oficina es un cuarto sin ventilación por el que se accede al despacho del señor Schultz. Heda es la primera en llegar. Se quita el abrigo y se pone la bata. Riega el geranio que languidece junto al ventanal y mira el aparcamiento vacío donde los perros se reúnen a dormir. Se sienta frente a su escritorio, busca en el cajón de abajo el pequeño transistor. Lo conecta. Retira la funda de la máquina. Coloca un folio mientras presta atención a los comerciales sobre apuestas, colutorios, venta de muebles de segunda mano. Accesorios de coche. Saldos. Después, el noticiario. Huelgas. Subida de los precios. Disturbios en alguna ciudad de su país. Se lleva las

manos a la cara. Con los ojos ocultos, trata de llorar, se los restriega. No puede llorar. No siente el menor deseo de llorar. No siente nada. Sólo vacío.

Pronto aparecen dos mujeres, una bonita y bien vestida y otra un poco vulgar, que se acomodan cada una a un lado del segundo escritorio que ocupa la habitación. Una es Rachel, la secretaria personal del señor Schultz, el director. La otra es su hermana. La hermana del señor Schultz.

Heda apaga la radio.

—Puede esperar a su hermano aquí —dice Rachel.

—Me parece que hoy no va a venir —dice la hermana del señor Schultz. Se vuelve en busca de algo—. Un papel —solicita mirando hacia Heda. Es Rachel quien se lo entrega—. Será mejor que me vaya y que él lo arregle luego con mamá.

Escribe algo y entrega la nota doblada a Rachel. Rachel se pone en pie para acompañarla a la salida. No se despiden. Heda se queda un instante observándolas, viendo cómo atraviesan la planta por la pasarela de cristal. Bien vestidas. La hermana del señor Schultz un poco más. Su ropa, más cara. El ruido que llega de abajo, del taller, hace que sus palabras se borren. Impide que se oigan. Sólo las ve mover los labios. Gesticular. Como lo harían los glamurosos personajes de una película muda.

EL PADRE

Fue en otoño, casi en plena noche. Hacía frío. Dentro de la casa hacía calor, ardían muebles viejos y palos en la estufa, por las ventanas entraban el sonido y la luz, los gritos al otro lado del pueblo, al final de la carretera, los bombardeos. Fue esa noche la noche que la policía vino a buscar a papá.

Papá daba de comer a las gallinas en el patio de atrás y había que poner la mesa. Heda y Pamuk silbaban una canción de la radio mientras lo hacían. Pamuk había venido contento aquella noche de su reunión. Los viernes por la tarde había reunión en las antiguas escuelas. Heda imaginaba a Pamuk y a Lorenz y a Kodiak, los antiguos compañeros del colegio, saltando en el potro del gimnasio, y a los viejos profesores dando instrucciones desde sus pupitres elevados, y al resto de los alumnos de entonces, ella misma, Lina y su hermana, la que fue bombardeada mientras volvía a casa de la universidad, a Uma, que se dejaba tocar por los chicos. Los imaginaba a todos escribiendo y pintando, frenéticamente, y levantando la mano para contestar cuál era la capital de Islandia. Así imaginaba ella la reunión de Pamuk. Pamuk sonreía aparentemente impasible mientras se lo contaba, como si fuese mayor, una sonrisa que imitaba la de papá.

La cena estaba lista y papá no había regresado aún del corral.

—Ve a buscarlo, Heda —ordenó la madre.

—Ya voy yo —dijo Pamuk.

La madre se sentó y partió el pan con su gesto neutro de siempre.

—No. Que vaya Heda —dijo—. Tú ve a lavarte y siéntate.

Heda obedeció. Fue a la parte trasera de la casa, donde estaba el corral. Ya se había hecho de noche y hacía frío. Olía a humo, a pájaros muertos y a orín, como cuando era pequeña, como si nunca hubiese llegado hasta ellos la civilización, hasta el recóndito pueblo. El perro *Tarkjo* pasó junto a ella arrastrando la pata, con la piel llena de hojas, y ella tiró una piedra al perro cojo para que se alejara de allí. Pensó con nostalgia en las anchas avenidas de la ciudad, en los limpios edificios del campus, en la facultad, donde ya no se reanudarían las clases ese año. Pensó en el cálculo de probabilidades, en la agrimensura, en las medidas del último gobierno para evitar el incremento arancelario. El viento del norte empezaba a soplar. A descender por la ladera de la montaña a la que la civilización, con su ciencia de la sociedad y de

la Historia, había practicado un corte. Era frío, el viento del norte.

Papá hablaba con las gallinas, le gustaba alimentarlas, pero esta vez no lo escuchó decirles nada. Había siete gallinas en el corral. Ponían huevos de vez en cuando, huevos que Heda y papá vendían en el mercado y que les proporcionaban dinero para comprar arroz y judías, y pan y café, provisiones que con la guerra duraban lo suficiente como para alimentarlos durante una semana. A papá, las gallinas lo querían. Todo el mundo lo hacía.

En la puerta del corral, se encontró frente a frente con un soldado que la apuntó con su fusil. Cuando vio que se trataba sólo de una muchacha, bajó el arma, sonrió. Era más joven que ella, casi un niño. Abrió la puerta e hizo entrar a Heda, masticando una hierba en la comisura de la boca.

Papá hablaba con dos hombres, un policía de uniforme y otro que llevaba al brazo un abrigo de piel. Cuando ella entró se callaron.

—No tienen que preocuparse —dijo papá—. Todo se aclarará, estoy seguro. Mañana por la mañana llevaré los papeles a la comisaría. Hablaré con el comisario. Todo se aclarará.

Ya no dijeron nada más. Se dieron la mano y los dos hombres salieron del corral, ni siquiera la miraron. Papá los siguió y ella siguió a papá. Los vieron marchar hacia la carretera, donde había un coche esperando. El soldado sí que se volvió a mirar una vez más antes de arrancar su motocicleta. A Heda le pareció ahora más alto y mayor que ella.

—¿Qué querían? —le preguntó a papá.

—Nada —contestó él.

Le pasó a Heda el brazo alrededor de los hombros mientras caminaban hacia la casa.

Hacía frío, casi como en invierno. En su país, el otoño era una estación muy corta. Éste lo iba a ser mucho más. El último otoño que pasaran allí.

VANÏEK

VanÏek y ella viajan a veces en el mismo autobús. Él sube unas pocas paradas después. Sonríe al pasar junto a otras muchachas como ella. No porque las conozca. Algunas le muestran desprecio y vuelven la cara, pero otras se dejan seducir por las muestras de cortesía civilizada que exhibe VanÏek aquí.

Cuando llegan al pueblo, VanÏek se baja el primero y se acoda junto a la marquesina a fumar. Mirando a la gente pasar. Saluda a otros obreros como él. Sonríe a más muchachas que van a hacer la compra o a trabajar en la ciudad. Al fin, siempre hay algún viejo que lo invita a beber. Hasta ahora, siempre había logrado escapar de él.

Pero hoy no. En la fábrica del señor Schultz se ha celebrado una asamblea. Los dueños de las otras fábricas las han celebrado también. Quieren informar a los obreros de lo que piensan sobre la huelga. De lo que les puede pasar si se dejan seducir por los sindicatos y sus proclamas perversas. De los males que les puede acarrear. Han terminado pronto de trabajar y Knopf y VanÏek han esquivado la vigilancia del jefe para beber. Hoy tienen hambre.

VanÏek no esperaba encontrarse con nadie, pero había una muchacha en el autobús. Dejó pasar su parada y cuando ella se apeó en la suya, la siguió. Era la hora de salida de las otras fábricas. Tenía unas piernas bonitas. Y las tetas. Grandes, redondas. Se adivinaban debajo de la blusa. Atajó por detrás del mercado y la esperó en la plaza, una pierna apoyada contra la pared, y los brazos cruzados sobre el pecho.

Heda apareció en la plaza por el lado opuesto. Él la miró. No importaba quién fuera, pero Knopf había hablado esa tarde con nostalgia de otros tiempos, de las tardes de holganza en el campo, del verano, de tumbarse al sol, de mujeres. Debió de ser eso. Se apartó de la marquesina y la siguió. Cuando salió del callejón, junto al molino de viento, allí estaba. Era joven. Bonita. Qué más daba. Apretó el paso. Apuró el cigarrillo y arrojó la colilla más allá. La alcanzó en el paso a nivel, mientras el tren pasaba.

Heda sintió que había alguien detrás. El corazón le latía a toda velocidad. Notaba su aliento en el cuello. Cuando el tren acabó de pasar y se levantó la baliza se apresuró hacia la estación. Allí habría gente. El bolso se le cayó, y cuando se agachó para recogerlo, él se detuvo. Le dio miedo. Pensó en VanÏek. Cerca había unos

escombros. Cogió dos piedras grandes y se las guardó. Pesaban demasiado, no la dejaban moverse con libertad. Pero ya no las podía tirar. Él se había acercado demasiado y la vería. Y entonces se daría cuenta de quién era. De que sabía quién era él.

Aceleró el paso. Lo sentía detrás. Oía sus pisadas hundiéndose en los charcos, como las de ella. Empezó a correr. Primero despacio, fingiendo que tenía prisa por llegar a alguna parte. Y después, deprisa. Hasta que la carrera se hizo desesperada y Vanÿek también corrió.

La acera se terminó. El barro del solar se hizo denso. Apenas se podía avanzar. Él hubiera preferido no haber bebido tanto con Knopf, ahora apenas podía respirar. Maldita zorra, pensó. Se impulsó con el poco calor que el alcohol había acumulado en su cuerpo, y en dos zancadas la alcanzó.

Ella sacó una mano del bolsillo y la levantó contra él. Vanÿek vio la piedra y se rio. Le dio una bofetada tan fuerte que resonó en el solar vacío. Le quitó la piedra y la arrojó lejos de allí. Heda la oyó caer. Con la misma mano, tiró de las solapas del abrigo y se lo abrió. Ella lo miró aterrorizada. Eso le gustaba. Estaba azul. Tiró un poco de la blusa sin abrirla del todo, hacía frío, y apartó el sujetador. Tocó sus pechos con las puntas de los dedos, eran suaves, como había imaginado, pellizcó los pezones, acercó sus labios y la besó.

Heda no gritó, como la otra vez. Una náusea se precipitó hacia su garganta. Vio la mano de Vanÿek dirigirse a la bragueta. Buscó en el bolsillo. No estaba la piedra. Buscó en el otro. Allí sí. Apretó los dedos alrededor de ella, mientras él se sacaba un pequeño miembro negro y duro y le desabrochaba la falda.

La piedra golpeó la cabeza de Vanÿek una vez. Luego otra más. Sonó un chasquido y del cráneo comenzó a brotar la sangre. Caliente. Los brazos y las piernas de Vanÿek se hicieron hilachas de lana y cayó al suelo.

Una bandada de pájaros negros y ruidosos surcó el cielo rojo hacia el sur.

II

EUROPA

Él a veces llorará cuando le haga el amor. Ella no lo verá. Lo sentirá. A veces lo oirá. Como si le doliera penetrarla. Poseerla. Como si la quisiera tener y al mismo tiempo le costase perdonarse a sí mismo. Como si hubiese una herida abierta en su pecho y se le escapara el aliento por allí. Dentro y fuera. Como si quisiera devorarla, reducirla a un fluido salido de él. Como si ello le provocase un gran pesar.

—Dime que me quieres —le dirá.

Ella clavará sus dedos en las costillas de él. En los músculos de su cintura. En el vello de su esternón. Clavará. Clavará. Hasta que una mueca de placer la haga encorvarse, contraerse, apretar los dientes. Y entonces, sólo el odio será ya lo que la sujete.

Hoy él habrá traído algo para ella. Lo desenvolverá con mucho cuidado sobre la cama, no se lo dejará hacer a ella, la misma cama donde acabarán de hacer el amor. Es un aspirador. Un objeto muy práctico. Caro. Vendrá muy bien en su casa, dirá él, mientras sujete el tubo del aparato sin apartar la vista de ella.

Heda se sentará desnuda en el borde de la cama y comenzará a vestirse.

—Cena conmigo —dirá él.

—No.

Guardará el aspirador en su caja y se sentará junto a ella. El resplandor apagado del rótulo luminoso se filtrará por el ventanal. Europa. Un perro ladrará. En otro cuarto habrán encendido un televisor.

—Te llevaré a la parte alta.

La parte alta. Donde fácilmente lo podrán reconocer. Él esperará una respuesta. Un gesto. Un indicio de que habrá reconocido su sacrificio.

—Me esperan en casa —contestará ella.

Él le tomará las manos y las apretará entre las suyas. Las besará.

—¿Qué más puedo hacer? —dirá arqueando las cejas como un mártir.

—Puedes hacer lo que quieras —dirá ella—. Puedes entregarme si quieres.

—No. Eso no. Sabes que nunca lo haría —dirá él, preocupado, refugiándose en su cuello—. Te quiero.

Ella tomará su cabeza entre las manos y la apretará contra su pecho, mientras observe por la ventana cómo habrá empezado a llover.

MUERTE

Es temprano. La lluvia golpea monótonamente sobre el ventanal averiado. Durante un rato piensa que es su corazón. Se da la vuelta en el colchón. No tiene que preocuparse por su corazón. No tiene que pensar en él. No aquí. En su país, cuando el sueño no conseguía vencerla, se preocupaba. Se levantaba a orinar. La niña que era tomaba leche a oscuras, la cocina iluminada por la luz de la nevera. A veces estudiaba. Si miraba por la ventana veía la montaña conocida. El pueblo conocido. Odiado. La niña que era entonces se preguntaba cuándo se iría de allí. Del pueblo pequeño. Del anonimato.

Si el viento sigue entrando a través de la ventana van a enfermar. Debería decírselo a papá. Pero ¿qué puede hacer papá? Aquí no es nadie. Aquí nadie sabe de él. Del autor teatral. Del creador de *La ofensa* y *La especulación*. Todos aquellos profesores hablando de él en sus clases. Su foto en la biblioteca de la universidad. Y sus libros. *La ofensa*. *La especulación*. Caminar juntos del brazo por el campus. Que todos la vieran con él. Y en cambio, papá malgastando la vida en el pequeño pueblo. Dando de comer a las gallinas. Administrando justicia en el insignificante tribunal. Cuánto había rezado para que bombardearan el pueblo. Las tripas del perro *Tarkjo* por el suelo.

Oye quejarse a Pamuk al otro lado del biombo. Está soñando. Tal vez con el soldado. El estiércol del establo esparcido sobre la tierra negra levantada donde lo enterraron. Lo despedirán de la fábrica cuando se descubra lo de Vanjyek. Lo encontrarán. Acabarán encontrando a Vanjyek y a ella la encarcelarán. A papá no lo dejarán ejercer. La madre no lo soportará. Enfermará de vergüenza. Nadie se acordará de ellos o los reclamará.

Aparta las sábanas. Es hora de levantarse. Hace frío. Aquí el sol es tan tibio que parece un extraño fenómeno meteorológico. Una nube de gas. Un rescoldo. Retira la cortina y abre el postigo del ventanal. Está roto. Se ha desprendido y hace que el viento cortante se filtre a través de él. La madre dirá que hay que decírselo al señor Schultz. Pero papá querrá arreglarlo él mismo para evitarle al señor Schultz las molestias. El ruido es insoportable, no sabe cómo Pamuk puede dormir.

Se acerca a la cama de su hermano. Duerme como un niño. Registra los bolsillos de su abrigo. Un billete de autobús. El periódico de ayer. Examina las noticias. Nada.

Piensa en la posibilidad de acudir a la policía y contar la verdad. Tal vez la prisión no sea tan mala. O quizá no fuese a prisión. A lo mejor los obligarían a volver a su país. No. Eso no. La madre se moriría.

Ya nunca saldrían de allí.

Sacude el hombro de su hermano. Quisiera poder acurrucarse junto a él. Contarle que ella también ha matado.

SCHULTZ

Nieva. No es una nieve mullida ni hueca. No es blanda. Es aristosa y fría, se clava. Forma charcos enlodados en las calles, hielo en las aceras. La gente de aquí los sortea con habilidad. Ellos, no. Heda tropieza y está a punto de caer. En el pueblo. En la parada de autobús. En la entrada de la fábrica. Otros trabajadores la miran, pero nadie la ayuda. Piensa en un enjambre de abejas devorando a un simio. Con un rostro atravesado por la duda.

En la oficina reina un ambiente distendido. Ha venido la hermana del señor Schultz. Han pedido café a la cantina, pero la hermana de Schultz ni lo ha probado. También han traído unos bollos, los mismos bollos reseco y toscos, hipercalóricos, que comen los trabajadores de la fábrica. Se los ha comido Rachel. Últimamente come mucho. Para lo que esté haciendo y dice:

—Umm. Tengo hambre.

Saca una tableta de chocolate del cajón. A veces le ofrece un poco a Heda y a veces no. Y lo devora en un instante.

La hermana del señor Schultz se sienta en el borde de la mesa y escucha lo que Rachel le dice acerca de esto y aquello. Habla sin parar. Y come. La hermana del señor Schultz bosteza. Ella y su madre preparan una cena de Navidad. Lo hacen cada año. Ha venido a ultimar los detalles con su hermano.

Heda ha oído hablar de esa cena a Rachel. Rachel dice que invitan a los otros directores de las fábricas y a sus mujeres. Al alcalde. A algunos empleados. A veces también acuden personalidades nacionales.

A menudo, Rachel dice:

—El señor Schultz y su familia viven a las afueras del pueblo en un gran chalet. Podrían permitirse vivir mucho mejor, pero son muy modestos.

Heda asiente y continúa con lo que estuviera haciendo. Ahora, Rachel sonrío a la hermana del señor Schultz, mientras continúa hablando. La hermana de Schultz se ha quitado el abrigo y lo deja caer sobre los hombros. Es un abrigo de piel. ¿Serán muchos invitados?, pregunta Rachel. ¿Irá el alcalde también? Menuda expectación. Ella y su marido cenarán en casa de sus suegros. Los hermanos de su marido, dice, sus esposas y sus hijos irán también. Está impaciente por que llegue el día, dice, este año su marido y ella tienen algo importante que anunciar. Ya lo sabe, ¿verdad?

Entonces la puerta del despacho de Schultz se abre y el señor Schultz llama a Heda. Rachel ha parado de hablar. La mira con extrañeza, frunce el ceño mientras Heda toma la libreta y atraviesa el espacio entre los dos escritorios para entrar en el despacho del señor Schultz.

—Siéntese —le ordena Schultz cuando está dentro.

El despacho de Schultz huele a tabaco y a papel. Por la gran ventana al otro lado de su mesa entra el escaso resplandor de la mañana, brillante, de un blanco que hiera la vista. Se oye el paso de un tren.

Heda ocupa una de las dos sillas al otro lado de la mesa del señor Schultz. Abre su libreta y se dispone a escribir. Lo ha hecho otras veces, cuando Rachel se ausenta, cuando Rachel ha de hacer algún recado para él o para la hermana del señor Schultz. Desde allí, después de firmar unos papeles con su pluma estilográfica, el señor Schultz la observa.

—Sé que no está a gusto aquí —dice levantando la cabeza—. Pero no debería desaprovechar una oportunidad como la que se le ofrece.

Ella no contesta. Schultz deja de escribir.

—Su compañera dejará el puesto en marzo, está embarazada. Usted ocupará su lugar.

—¿Yo?

Así que está embarazada. Rachel espera un bebé. Por eso tiene hambre. Por eso está contenta. Por eso no para de hablar.

A Heda le duele la cabeza. Le gustaría decir al señor Schultz que no, que no quiere su trabajo, que no quiere mecanografiar contratos, ni hablar con proveedores disimulando su acento, ni ocupar el lugar de Rachel. A él parece incomodarlo su silencio.

Dice:

—Imagino que le está costando acostumbrarse a vivir fuera de su casa. De su país.

Ella se revuelve en la silla. Nadie parece querer pronunciar allí el nombre de su país, como si se les hubiese olvidado. No obstante, mira a Schultz a los ojos. La expresión de Schultz pierde fiereza.

Dice:

—Una vez estuve allí, cuando era joven. En su país. Visitando la costa.

Sonríe. Junta las manos sobre el escritorio, delante del rostro, que parece querer ocultar.

—Era diferente, un lugar precioso. Pescamos. Comimos. Bebimos vino. La gente era muy hospitalaria.

Permanece callado unos instantes observándola, aguardando una respuesta. Pero ella no tiene nada que decir. Schultz deja de sonreír.

—Vamos, no me mire así. No soy el causante de los males del mundo.

El teléfono suena y el señor Schultz descuelga. Hay una serie de saludos

ceremoniosos, de rigor. Schultz se reclina en su sillón. Lo hace girar hacia el ventanal. Ella observa su espalda. La ventana. Los hombros de Schultz. Schultz comienza a hablar de la huelga en tono duro, se pone en pie y mira a través del cristal. Heda se incorpora para salir del despacho, pero él se apresura a detenerla con un gesto.

—No le he dicho que se podía ir —dice, tapando el auricular—. Vuelva a sentarse.

Termina con unas frases apresuradas, de fórmula, y cuelga el aparato. Se sienta y la examina un instante. Heda mira hacia otra parte. Desde el otro lado de la mesa, Schultz le dice:

—Hay algo familiar y conmovedor en usted.

Lo dice como si fuera un reproche.

Heda no contesta. Le cuesta comprender que un hombre como él hable así. ¿Qué puede encontrar de familiar en ella? No tienen nada en común. ¿Cómo se atreve? No hay nada en ella que él pueda reconocer, nada semejante, ni familiar ni conmovedor. Ella ha crecido en el sol. Se ha sumergido en los días cálidos en pozas llenas de limo y de misterio. Ha hablado con los dioses. Él es sólo un fabricante, un operario, un manipulador de la realidad. Y sin embargo, la juzga desde su superioridad idiota, ficticia. De amo. Lo odia.

Cuando comprende que Heda no va a decir nada, vuelve a adoptar su aire severo.

—¿Conoce a Peter Vanÿek?

El aire se detiene en el pecho de Heda. Una masa sólida a la altura del esternón.

—No —contesta.

Él fija la vista en su escritorio. Arquea las cejas mientras se le ensanchan las aletas de la nariz.

—Le ruego que piense en mi oferta y venga a verme —dice sin mirarla.

Heda se pone de pie.

—Se acostumbrará —continúa Schultz—. Tendrá que acostumbrarse a vivir aquí.

EL PUEBLO

Las primeras bombas en caer lo hicieron lejos, en la frontera. El gobierno cesó toda actividad académica. Cerró escuelas, institutos, universidades, como precaución. También se cerraron cines, teatros, cafeterías. Todo el mundo permanecía en su casa. Veían la tele, conversaban, miraban el cielo a través de las rendijas de las persianas cerradas mientras hablaban aún de la guerra como algo romántico, ajeno. Los que aún acudían a sus trabajos sentían envidia de los que se habían visto forzados a parar. Agentes de aduana, policías de tráfico, profesores. Papá también se había visto forzado a cesar las actividades en el pequeño tribunal.

—Ya no se administra justicia. Todo es inútil. No sé qué va a ser de nosotros.

Pamuk miraba al padre con superioridad. Quizá pensaba que era un hombre cobarde. La clandestinidad de las actividades que había llevado a cabo en las escuelas lo hacía sentirse superior.

—No hay berros —decía la madre—. Ni patatas. ¿Por qué no crecen como antes?

—Hace calor —dijo papá—. En verano siempre hace calor. No podemos culpar a nadie por eso.

—Tú podrías haberlo evitado —dijo Pamuk. Apoyó las manos sobre el mantel de hule delante de papá y lo miró con desdén infantil—. Si no fuera por ti, no tendríamos que escondernos.

Heda también empezaba a menospreciarlo. Aunque sin querer.

—Yo también fui joven —dijo papá, sacudiendo la cabeza—. No creáis que no sé lo que es sentir bullir la sangre en las venas.

—Ya no eres joven —dijo Pamuk—. Estás acabado.

Una vaca mugió en el granero. Era la época del destete, quizá echaba de menos a su ternero.

—¡El triunfo del pueblo está cercano! —gritó Pamuk.

De no ser por Pamuk, de no ser por su juventud y su imprudencia y su idiotez, tal vez ella también hubiera llegado a despreciar a papá.

EL TREN

La madre hacía jabón. Pamuk y ella recolectaban hongos y papá los ponía a secar. Todas las mesas de la casa estaban en el patio, llenas de hongos. Odiaba el olor a humo del campo. Del pueblo. Dentro de la casa y en la ropa de cama y las cortinas. Pamuk y ella tenían los dedos amarillos, y papá. Mientras la madre hacía jabón en la cocina, ellos cantaban canciones en el patio. Eran canciones groseras, simples. Canciones que hablaban de hacer pan. Del clima. De la cosecha. Un día las escuchó en un disco junto a otros estudiantes, en el auditorio de la universidad. Un profesor habló de ellas durante horas, maravillado de su simplicidad. De su cosmovisión. De su conexión con el mundo ancestral del pasado. Proyectó diapositivas. De los habitantes de aquellos pueblos. De la región. Heda ya las conocía. Se avergonzó.

De vuelta a casa, en el tren, cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la ventanilla del vagón. Soñó con la ciudad. Una bandada de pájaros sobrevolando las agujas del templo. Sonido de pisadas sobre las piedras centenarias. Ruido. Ecos humanos. El muchacho paciente y risueño que declaraba la impunidad de la pasión. Que sabía cosas que ella ignoraba. De un sitio judío en la parte alta. Que manejaba terriblemente los pedales de la bicicleta del preboste.

Los soldados pasaron pidiendo la documentación. Tras los cristales, en el negro horizonte, hogueras humeantes hacían brillar la oscuridad. Algunas mujeres fueron obligadas a levantarse de sus asientos y a abandonar el vagón. Algunos niños lloraban.

Pensó que a ella no le tocaría. Pensó que permanecería allí. Que los soldados se marcharían y el tren continuaría su camino, como siempre, y que llegaría a la estación del pequeño pueblo justo después de anochecer. Ella andaría el sendero hasta la granja, un poco contrariada, como siempre, por tener que volver. El patio estaría ocupado por las mesas repletas de hongos. La madre prepararía jabón. Papá y Pamuk estarían cantando las canciones del país.

LA FÁBRICA

A las doce y media enfunda la máquina de escribir. Es la hora de comer. Rachel y ella dejan la oficina y caminan hasta el comedor. Existen dos en la fábrica. Uno grande, para los obreros. Otro, más pequeño, para el personal administrativo, lejos del ruido y la suciedad. Pero Heda casi nunca come allí. Prefiere comprarse un bocadillo y comérselo detrás del almacén. Le gusta estar allí. Rodear la fábrica por detrás del lavadero y atravesar el patio. Hace frío, le sienta bien. Un grupo de obreros fuma frente a la puerta del taller y le tira piedras a un perro. No le gustan los obreros. La mayoría se van fuera de la fábrica después de comer, a los bares. Juegan a las cartas y beben. Casi todos son de su país. Entiende perfectamente sus impertinencias, no necesita escucharlos para saber de qué se ríen. Son obscenos. Ignorantes. Podrían permanecer toda la vida allí. Ése, o cualquier otro lugar. Les da igual. Cuando la descubren en el banco, mueven la cabeza en dirección a ella y se ríen, y luego vuelven a hostigar al perro y se van. Comprueba que Vanÿek no está. Ya nunca estará. No va a volver. Está muerto.

El cielo gris plomo está muy cerca del suelo. Es pesado, parece ir a cernirse sobre la fábrica. Saca el libro que le ha dejado papá. Ya lo ha leído, no busca nada en concreto. Lo vuelve a leer. Lee el cuento del ermitaño. Le gusta. Es lúgubre y terrible. Como lo son las palabras que dedica a hablar de la Humanidad. La Humanidad y un ermitaño. La metáfora le pareció tosca la primera vez. Sin embargo, cada vez que lo relee encuentra que lo comprende menos. Se hace indescifrable. Nada es lo que parece y siente deseos de dejarlo. Pero no lo hace. Lo abre y lo lee constantemente. Una y otra vez. Ha pensado en contarle a su padre lo de Vanÿek. Pero ¿él qué podría hacer? No. Su padre no volvería a mirarla igual. Ella dejaría de ser la que había sido hasta entonces para convertirse en la que es. Definitivamente.

La oficina puede verse desde allí. Pequeña. Angustiosa. Casi sin luz. Rachel no ha regresado aún de comer. El libro se vuelve indescifrable. Habla del alma y de centros penitenciarios. De un tren. Como ese tren que la llevaba el lunes de regreso al campus. El vagón vacío que los soldados sacaron de la vía para hacer una hoguera con él. Tiene que discutirlo con papá. ¿Qué sentido tiene escribir cosas así? Qué sentido si uno ha de seguir viviendo. Si ha de seguir viviendo todo el mundo. Le dirá a papá que el libro que le ha dejado es demasiado duro. Que la revuelve, la atemoriza.

Hace que se le pare el corazón. Su padre le dirá que no sea tonta. Un libro no puede parar el corazón. Le hablará del remoto rumor del mar, el mar de su país. De la vida. De andar sobre cien piernas, como debería hacer la Humanidad. La nostálgica bestia humana que fuimos una vez.

Recuerda lo que dijo aquella vez uno de sus profesores en la facultad. La raíz del problema de su país, dijo, era étnica. La raíz del problema de su país, dijo, era la decadencia de un sistema. La raíz, recuerda, era el problema de Europa.

¿Para qué había estudiado todas aquellas cosas?, piensa. Medidas. Accidentes. Cotas. ¿De qué le habían servido entonces? ¿De qué le servían ahora?

Unos gritos a su espalda llaman su atención. Abandona el banco y se dirige al almacén. Dentro, el señor Schultz está golpeando a un obrero que se halla tendido en el suelo.

—¡Déjelo! —le grita Heda.

El señor Schultz dirige hacia ella una mirada feroz. Parece sorprendido.

—¿Qué hace aquí? —pregunta—. ¡Váyase!

De una patada voltea al obrero. Lo sujeta por las solapas del mono y lo zarandea hasta ponerlo de pie.

—No quiero volver a verte por mi fábrica, ¿me oyes? ¡Márchate!

No es más que un chico de su país. Lo sabe por su miedo. Por los ojos entrecerrados apuntando al suelo. Odio y miedo.

—Déjelo —le dice a Schultz—. No le pegue más.

El chico sale corriendo. Schultz ya no le presta atención. Se vuelve hacia Heda con brusquedad, apretando las mandíbulas. Es más alto y más fuerte que el obrero. Y que Vanĵek.

—No tiene derecho... —le dice a Heda—. ¿Quién se cree que es?

—¿Y usted?

—Vuelva a su trabajo.

Obedece. Está asustada. Le late muy deprisa el corazón, pero no le hace caso.

IBBET

Pamuk ha invitado a Ibbet a merendar. Ha traído unas galletas. Son unas galletas típicas de su país. Caseras, toscas, reseca, hechas por ella misma en el horno de su casa, la casa que comparte con su hermano. Heda no las comía nunca porque eran cosas de campesinos. No le gustaban. Ahora las prueba y le da las gracias a Ibbet.

—Te han quedado muy bien —dice Pamuk.

La madre se pasea por la sala con ropa para planchar. No deja de hacer lo que está haciendo. Nunca deja de hacer lo que esté haciendo, siempre tiene algo que hacer. La casa es pequeña, vieja, fea; pero ella la mantiene limpia y recogida. Es eficaz como el capataz de una fábrica. Ibbet le acerca el plato de galletas y le ofrece. La madre coge una sin mirarla, la deja sobre el aparador, mientras enciende la plancha. La televisión está conectada. Dan un concierto de música rock. Cinco jóvenes melencidos cantan en el idioma extranjero que ya les es tan familiar como el suyo. Tocan las guitarras con estruendo, como arrancándoles las notas, como si quisieran pagar con ellas una especie de mal humor que los acosa. Heda mastica la galleta una y otra vez, no la puede tragar.

—Ibbet está aprendiendo a bordar —dice Pamuk.

La madre levanta la vista de la plancha. Luego Pamuk habla de protestas en la fábrica. De revueltas en las otras fábricas del país. De disturbios en la capital. Ibbet permanece callada. La madre ordena a Heda que vaya a buscar agua, y ella agradece poder salir un momento del comedor. En la cocina, escupe la galleta de Ibbet.

A las cinco regresa papá.

Ibbet se levanta del sofá. Pamuk, no.

Dice:

—Papá, te presento a Ibbet.

Papá estrecha la mano de Ibbet con simpatía. Incluso con afecto. Papá es así. Luego la abraza, le pide a Ibbet que se vuelva a sentar.

—Pero ¿cómo? ¿Estáis comiendo *mintovash*?

—Sí. Las ha hecho Ibbet —dice Pamuk.

Ibbet enrojece. Le ofrece una a papá.

—Muchas gracias —sonríe papá.

Da un mordisco a la galleta, que se desmorona en su boca con ruido de arena.

Tiene el rostro cansado. Le han salido canas en las sienes. Y arrugas. Ya no parece el mismo, aunque nada haya cambiado en él.

—Vamos a beber —dice levantándose de su sillón—. Voy a buscar el vino dulce. Está en el mueble bar, ¿verdad, mamá?

Beben vino dulce con las galletas. La madre ha terminado de planchar. Bebe vino y se sienta también. Pasan la tarde hablando en su idioma, recordando las cosas agradables de su país. Ríen. Heda no tiene ganas de reír. Siente una especie de anestesia en el pecho, como algo que lo aletargase. Siente deseos de marcharse. Papá dice que echa de menos la comida, los productos del huerto, los huevos, el pan, que no es como el de aquí. Pamuk se mira las manos, silencioso. No ha dicho apenas nada desde que llegó papá.

—¿Así que tú también trabajas en la fábrica? —pregunta papá a Ibbet.

—No —contesta Ibbet, sin levantar los ojos apenas—. Antes trabajaba en la fábrica. Ahora trabajo en una tienda. Aunque gano menos dinero. Pamuk me lo aconsejó.

—Es lo mejor para ella —dice Pamuk—. En la fábrica no está segura.

—¿Qué quieres decir con que no está segura? —pregunta papá.

—Pronto habrá huelga —dice Pamuk, evitando mirarlo a los ojos—. Vamos a parar.

Papá sonrío y sacude la cabeza.

—No lo creo. No he oído mencionar nada de eso al señor Schultz.

—¿Y por qué iba Schultz a contártelo a ti? —dice Pamuk—. Pregúntale a Heda.

Papá vuelve el rostro hacia ella.

—Heda —le pregunta papá—. ¿Has oído hablar de huelga al señor Schultz?

Heda niega con la cabeza. Pamuk tiene razón. ¿Por qué iba a hablar de huelga delante de ellos el señor Schultz? ¿Por qué iba a mencionar delante de ellos algún asunto importante? Nunca ha oído hablar de nada al señor Schultz.

—Creo que me lo habría dicho de ser así —asegura papá—. Es un hombre prudente. Y respetuoso.

—Es un bastardo —dice Pamuk—. Un explotador.

Papá deja de sonreír. Mira a su hijo con tristeza.

—Por favor, no hables así. No delante de nuestra invitada.

Ibbet se revuelve inquieta en el borde del sillón.

Pamuk se pone apresuradamente en pie y sale de la habitación. Al cabo, se oye el portazo de la puerta de entrada.

Papá da unos golpecitos en el hombro de Ibbet. Enseguida volverá, le dice. Luego, sacudiendo su pipa contra el cenicero, anuncia que el señor Schultz es un buen hombre y que piensa invitarlo a tomar café.

—¿Aquí? —pregunta Heda.

—Pues claro.

La madre se levanta y retira el vino dulce, las galletas, los vasos aún sin vaciar.

Lo pone todo en una bandeja y se lo lleva.

EUROPA

Él introducirá la mano por debajo de las sábanas. Tendrá los dedos calientes. Se los habrá calentado antes de empezar. Hará frío en la pensión, y él será siempre considerado. Tiene los dedos largos, impacientes, a los que obligará a moverse despacio cuando estén dentro de ella. La acariciará mientras la mira a los ojos. Sus dedos casi temblando de impaciencia, de emoción, mientras sus ojos lloran. Mientras penetrarán en los suyos casi con desesperación.

—Venderé todo y me iré contigo —le dirá. Y su dedo acariciará el vientre de Heda, que se estremecerá, que se humedecerá sin querer—. No quiero estar en ningún sitio donde no estés tú. Tendrás que aceptarme.

Pero ella no dirá nada. Se limitará a sentir. Sentir es lo único que podrá hacer sin consecuencias. Sentir el asco. Sentir el placer. No habrá tanta distancia en realidad. Gemirá como un animal cuando él empuje todo su cuerpo dentro de ella. Y un estertor la dominará. Y él se abrazará a su cintura tan ciega, tan estúpidamente como si ella fuera la madre de la Humanidad.

—Te quiero —dirá él.

Volverá su rostro hacia ella. Parecerá a punto de rezar. Acariciará su cara con una mano, mientras con la otra se empujará y se levantará de la cama y atravesará la habitación y dejará abierta la puerta del baño. Tiene el torso joven y ancho, a pesar de la edad. A veces, Heda le mirará los hombros antes de clavar sus uñas en él.

SCHULTZ

La puerta del despacho del señor Schultz se abre y el policía se detiene en el umbral. El señor Schultz aparece tras él. Heda trata de ignorarlos. Se vuelve hacia su máquina de escribir. Introduce un papel. Lo hace girar en el rodillo. Se queda mirando el blanco del papel. Le late el corazón. Escribe algo. Schultz estrecha la mano del policía y se despide. Sonríe. Tiene una hilera de dientes perfectos. Blancos.

—Gracias por su colaboración —dice el policía.

El señor Schultz niega con la cabeza y sonrío fríamente otra vez. Heda nunca lo ha visto sonreír.

Cuando el hombre se ha ido, la hace pasar a su despacho.

—Tal vez se esté preguntando qué hacía la policía aquí.

Heda no contesta.

Schultz permanece de pie.

—Ha desaparecido un hombre —añade después.

Se sienta. Dice:

—Siéntese.

Heda obedece. Lo hace al otro lado de su escritorio, frente a él. Él la mira largamente a los ojos.

—Se trata de uno de los suyos —dice Schultz. La mira aguardando una respuesta. No la hay—. Peter Vanjek. ¿Lo conoce?

Heda contesta:

—No.

—Hace casi tres semanas que no viene a trabajar. Es el ayudante del capataz.

Schultz la atraviesa con la mirada. Ella no lo desmiente ni lo admite. La sirena de la fábrica se pone a aullar.

—No sabía que se llamara así —dice Heda.

Schultz se relaja. Se arrellana en su sillón.

—Al parecer, la última vez que fue visto, Vanjek estaba con una mujer en las afueras del pueblo. Cerca del apeadero de Nütsen.

La mira.

—Fue la tarde del doce de octubre —continúa—. ¿Lo recuerda? El día de la asamblea.

Lo recuerda muy bien.

—Recuerdo el día de la asamblea —dice Heda.

—Comprendo —dice Schultz. Se inclina hacia delante en su sillón—. Seguramente, el día de la asamblea usted tomó el autobús y al llegar al pueblo caminó hasta su casa sin cruzarse con nadie, ¿verdad?

Heda continúa callada. No sabe qué decir.

—Eso es lo que le he dicho a la policía. ¿He hecho bien?

No sabe qué quiere de ella el señor Schultz, ni por qué le habla así. El corazón se le acelera. Cruza las manos sobre el regazo, intentando disimular su temblor. Mira al señor Schultz.

—Vamos, diga algo —dice él.

—¿Qué quiere de mí?

Schultz suelta el aire por la nariz y sacude la cabeza.

—Usted es una buena muchacha que no se relaciona con hombres como Peter Vanÿek, ¿no? —Arquea las cejas con cinismo, no espera respuesta. Heda intenta levantarse, pero no se puede mover. Ninguna mujer de su edad muere de un ataque al corazón, se dice. Schultz pregunta—: ¿No va a decir nada? ¿No va a darme las gracias por responder de usted?

Ella dice:

—Gracias.

Él se pone de pie. Ella también.

—¿Puedo irme ya? —le pregunta.

Schultz rodea el escritorio y se detiene frente a Heda. Es mucho más grande que ella.

—No es usted desagradecida. Lo sé —dice.

Intenta sonreír. Acerca su mano al hombro de Heda, un instante, pero la aparta sin llegar a rozarlo.

LA CASA

El sábado por la mañana plancha la ropa en la pequeña mesa del comedor. Le duele la espalda. Nunca antes le había dolido la espalda. Pamuk habla sin parar sobre sus compañeros de la fábrica mientras mira la televisión. El aparato es un Telefunken pequeño. Hace rayas. Es imposible de sintonizar. Ni siquiera papá lo ha logrado. Pamuk ha hecho mucha amistad con el hermano de Ibbet, un muchacho llamado Tobbías, dice, un camarada. Quiere que Heda vaya a conocerlo a la taberna.

—No, gracias —dice ella.

—¿Por qué no? —pregunta Pamuk—. ¿Qué tienes contra nosotros?

—¿Qué nosotros?

—Deberías venir. Harías bien.

Heda empareja un par de calcetines y los coloca sobre un montón.

—¿Por qué? ¿Por qué debería?

—Tienes que divertirte —contesta él—. No haces más que ir a la fábrica y trabajar.

—Si piensas que me voy a divertir en la taberna es que no me conoces.

Pamuk se encoje de hombros. Sonríe.

—Es verdad. No te conozco. Antes sí te conocía. Pero ahora te has vuelto muy seria.

Se levanta. Intenta sintonizar otro canal en el televisor. Pero no hay manera. Vuelve a sentarse y enciende un cigarrillo. Desde que están allí, Pamuk ha contraído el vicio de fumar. Papá lo lamenta. A la madre le parece natural. Ya es un hombre, dice. Enciende un pitillo con la colilla de otro. Aspira el humo con aparatosidad. Como si creyera que todos lo miran. No es un hombre aún. Se siente importante. Pero no es un hombre aún. El revolucionario. El traidor. Pamuk se recuesta en el respaldo del sofá, contra el papel desgarrado. Dice:

—Es un buen chico, Tobbías. Al principio, cuando llegó, trabajó para un diplomático de nuestro país. Cuando todos se fueron, él se quedó sin empleo. Ahora trabaja en la fábrica de plásticos.

—Ten cuidado con el papel —le dice Heda.

A veces desearía tirar del papel de la pared. Arrancarlo. Ver lo que hay debajo. Quizá haya inscripciones. Quizá restos de inquilinos anteriores. Proclamas de la

última guerra.

—Cuida de Ibbet desde que tenía diez años —continúa Pamuk—. Él le encontró ese trabajo del que te hablé, en la tienda. A Ibbet le gustaría presentártelo.

La televisión anuncia una serie de medidas del gobierno. Ayudas a agricultores y estudiantes. Nada de Vanÿek. De la desaparición o la muerte de un refugiado. Deberían cambiar ese papel, piensa Heda. Deberían gastar algo de dinero en esa casa si, al fin y al cabo, van a vivir de forma permanente en ella.

—Tobbías necesita conocer a alguna buena chica —dice Pamuk—. Igual que yo he conocido a Ibbet.

—Y qué quieres que le haga —dice Heda.

—Podrías salir con él.

Salir con él. No puede ni pensar en salir con ese chico. No se figura nada más triste que ir con alguien a quien apenas conoce por las calles de una ciudad extranjera. Sin rumbo fijo. Tener que hablar de temas banales. Mirar constantemente el reloj. No. No piensa acompañar a ese chico, el hermano de Ibbet.

—No quiero —dice—. No me apetece. Por favor, Pamuk.

—Está bien —dice Pamuk.

Coge el cigarrillo entre los dedos índice y pulgar, como ha visto hacer en el cine. Se siente importante. Se cree un actor.

—El tabaco de nuestro país no me gustaba —dice—, éste es mejor.

El calor de la plancha, por un momento, hace que Heda sienta alivio. Mucha gente se deprime. Muchos toman el camino más corto y se suicidan. Ha oído que aquí se han suicidado muchas personas de su país. Un hombre retiró los platos de la cena y luego se ahorcó.

Ella no se ahorcará. Conoce otras formas de morir.

EL TREN

Los soldados pasaron pidiendo la documentación. Tras las ventanillas, en el negro horizonte, hogueras humeantes hacían brillar la oscuridad. Algunas mujeres fueron obligadas a levantarse de sus asientos y a abandonar el vagón. Ella también.

Las condujeron a un barracón de madera no lejos de las vías. Cuatro mujeres, dos mayores, una anciana. Había también una chica de su edad. La caseta servía como apeadero para mercancías ligeras. Había un escritorio desvencijado al fondo. Un flexo encendido sobre él. Dos sillas. Una estantería de madera con revistas polvorientas de agricultura y comercio. Los soldados las dejaron allí y se marcharon. Las mujeres guardaron silencio y se miraron entre sí. Durante mucho rato no se dijeron nada. A través de la ventana, bajo la luz de las farolas, se veía el tren detenido un poco más allá. A los soldados pasar, hablando en su idioma. Luego, una de las mujeres mayores se sentó en una de las dos sillas y habló. Dijo que como no viniera alguien enseguida se iba a marchar de allí. Todas pensaban lo mismo. Pero ninguna se movió. Al final, la mujer mayor se puso en pie y salió sin decir nada del barracón. Pasaron los minutos. Fuera había oscurecido completamente. Primero se oyó un chasquido. Una especie de percusión. Y luego, tras un destello, el tiro. Siguieron varias ráfagas de disparos. Algunos gritos. Pisadas apresuradas internándose en el bosque.

Las cuatro mujeres se acercaron entre sí. Unas botas golpearon la tarima de entrada al barracón. El primer soldado se llevó a la anciana y a la mujer mayor. Quedaron la chica y ella. Hasta ese momento no había oído su voz. Sin embargo, cuando más tarde comenzaron los gritos, ya no paró de oírla. Durante toda la noche. No la olvidaría jamás, en toda su vida. Esa voz. Aún se despierta por las noches oyéndola.

III

EL PUEBLO

Después del tren durmió durante días. Dejó de hablar. De comer. Dejó de ir a la universidad, cuyas instalaciones habían sido también bombardeadas. Frente a su ventana, llegando desde el bosque, veía a los pájaros. Se reunían allí para mirar cómo dormía. Con sus cabezas inclinadas. Los odiaba. Odiaba a los pájaros. Odiaba su presencia. Su ignorancia. Su estupidez. Y sus trinos. Probaba a espantarlos. Lanzaba piedras que rozaban las ramas del árbol, pero que no espantaban a los pájaros. Primero echaban a volar. Se elevaban con un rumor de aleteo, y regresaban. A veces, también les gritaba. Un día, Pamuk la vio. Pensó que se había vuelto loca. Se lo dijo a papá. Papá acarició la cabeza de Heda y cubrió la ventana con alambre de espino que arrancó del corral. Aseguró que los pájaros no se posarían allí. Que no volverían a molestarla más. En la cama, Heda lloró. Tuvo fiebre. Vinieron a llevársela. Pasó varios días en el hospital.

Soñaba con pájaros muertos. Con el tren.

De regreso, la madre la cuidó. Volvió a acunarla como cuando era pequeña. Le cantaba canciones. Durante días no salió de casa. Nunca más tomó el tren.

En el pueblo, sólo el perro *Tarkjo* se le acercaba de cuando en cuando para olisquearla.

TOBBÍAS

Una mujer que vende lotería a los viajeros pasa por su lado y le extiende la tira de boletos. Nadie le compra. En el primer pueblo, el autobús se detiene y un chico y el vendedor de periódicos suben en él. Pide un periódico al hombre y le entrega una moneda. Lo ojea. No dice nada de un asesinato. De Vanýek. Habla de la huelga. De la guerra en su país. Lo vuelve a cerrar y mira por la ventilla al exterior. Solares, campos llenos de escombros, de maquinaria agrícola. Ha pasado mucho tiempo. Si nada ha aparecido en los diarios ni en la televisión es porque no lo mató. No vendrán a buscarla. No la encarcelarán. Finalmente no morirá. Ya no hay nada que la haga temer. Salvo, claro, las noticias sobre las tropas de ocupación en su país. Eso y estar viva, tal vez.

El chico que ha subido junto con el vendedor de periódicos atraviesa la barrera de gente que permanece de pie en el centro del autobús. Se aproxima a la parte trasera. Es joven. Va bien vestido, con traje y corbata. El traje no es un traje nuevo. Se ve que está muy usado, pero le sienta bien. Es un compatriota. Lo ha visto mover los labios y dar las gracias en la lengua de su país. Heda lo observa mientras avanza por el pasillo hacia ella. Tiene el pelo rojizo, muy peinado. No es la moda de aquí, pero sí es la manera en que se peinan los hombres en su país. También lleva los zapatos lustrados. Cuando alcanza su altura, Heda baja los ojos. Le avergüenza que un hombre de su país advierta que lo estaba mirando. Pero es demasiado tarde. Él la ha visto ya, sonríe. No es un hombre, no es más que un muchacho. A Heda le arden las mejillas. El chico pasa de largo y ocupa uno de los asientos de detrás.

Rachel está enferma desde el martes, tiene gripe. Así que está sola. A Heda le toca hacer el trabajo de las dos, pero no le importa. Por primera vez en mucho tiempo está contenta. Por la mañana, riega el rododendro, enciende la calefacción. Hace frío en la oficina. Conecta la radio y desenfunda la máquina de escribir, que está tan fría como todo lo demás.

A las once menos veinte viene la mujer de la limpieza. Se ha demorado en el despacho del señor Schultz, dice. Él ha pasado la noche allí y estaba todo desordenado, dice, qué hombre más trabajador. Pasa la bayeta por su mesa, metódicamente, por la máquina de escribir, por cada tecla, realizando su trabajo con pulcritud mientras Heda la observa. Se pregunta de dónde será. Es baja, gruesa, de

pelo negro encrespado. Tiene un acento indefinible, quizá sea portuguesa. Pasa la bayeta por la radio. Por los papeles amontonados sobre el archivador. Por la mesa vacía de Rachel. Y se va.

Tiene trabajo. Hay que enviar varias cartas a una serie de proveedores del norte a quienes aún no se ha pagado. Ha de mecanografiarlas, variando el nombre del remitente y la dirección. Y después ha de archivar las tres copias, una en los archivos de Rachel y otra en los archivos del señor Schultz. La tercera ha de dejarla sobre el escritorio del señor Schultz. Le duelen los dedos.

El señor Schultz vuelve a la oficina un poco antes de la hora de comer. Justo cuando ella se dispone a salir con su bocadillo en el bolso, en busca de un poco de intimidad detrás del almacén. La llama a su despacho. Cuando ella entra, él está examinando unos papeles. No la mira. Ni siquiera la mira cuando comienza a hablar.

—He sabido que su padre era un escritor famoso.

—¿No lo sabía? —pregunta asombrada.

El hombre levanta los ojos.

—No. Y también que fue profesor en la universidad.

—Pero usted nos trajo aquí —dice Heda—. ¿Cómo es posible que no lo sepa?

—Yo no los traje aquí —recalca el señor Schultz—. El hombre que lo hizo es cuñado de mi madre. No conocía a su padre.

Heda siente un ramalazo de rencor. Aun así, se siente superior. El director de una fábrica no es un hombre de letras. Es un simple gestor, un ignorante. Nota cómo se le ensanchan las aletas de la nariz.

—Es normal que no lo conociera —dice—. Mi padre es un intelectual.

El señor Schultz se pone de pie. Tiene la frente arrugada, el cuello tan ancho como la cara. La corbata está tan apretada alrededor de su nuez que parece que le impidiera respirar. Sin embargo, hay algo noble, aunque intolerable, en su arrogancia.

—No sea tan despectiva —le dice—. ¿Quién se cree que es?

Camina hasta la ventana, desde donde puede verse el gran patio de acceso a la fábrica. Su fábrica. Está contemplando sus dominios, Heda lo sabe. Erguido sobre sus robustas piernas, como un caudillo ante un gran tesoro de la Antigüedad.

—Yo sé quién soy —dice Heda.

Sin volverse, el señor Schultz dice:

—Hace unas semanas la vi con Vanÿek en las afueras del pueblo. Cerca de la estación de Nütsen. Yo volvía de la fábrica, igual que usted. —Se da la vuelta, lentamente, hasta volver a fijar la vista en ella—. No sé qué hacían juntos, pero le sugiero que no se exhiba en público con hombres como él.

Heda se lo queda mirando. Quieta. No sabe qué decir.

—No se preocupe. Ya le dije que no diré nada —continúa Schultz—. Me alegra que se haya ido, no hacía más que complicarlo todo por aquí. Era un agitador y probablemente está mejor donde esté.

—Está muerto —dice Heda.

No sabe por qué lo ha dicho. Le tiemblan las manos y las oculta tras la espalda. El señor Schultz aparta la silla de la mesa y se sienta.

—No diga tonterías.

Vuelve a examinar los papeles que hay encima de su mesa y, sin mirarla, añade:

—Dígale a su padre que venga a verme mañana. Quizá tenga algo para él, si es cierto lo que he oído.

—Claro que es cierto —dice Heda—. Todo es cierto.

—Bueno. Váyase.

EUROPA

Él comprará cortinas para el cuarto de la pensión. El rótulo luminoso no los dejará dormir. Europa. Que estupidez. Unas cortinas para proteger su intimidad. Una violación continuada y muerta. Él dormirá en ocasiones después de hacer el amor, mientras abraza su espalda. Mientras sus manos se enlazan sobre el regazo de ella. Y ella sentirá deseos de huir. Dormirá plácidamente. Su cuerpo caliente buscará el de Heda como el cuerpo de un recién nacido busca a la madre. O como el de un marido busca a la mujer. Ella, a veces, sentirá ternura; otras, ganas de vomitar. El pelo de él olerá a sudor. Las sábanas, a polvo y a sosa. Afuera, el viento golpeará los postigos de las ventanas y hará oscilar el cartel luminoso de la pensión. Europa. Óxido. Luz de neón. El zumbido eléctrico bajo la constante lluvia. Sentirá tanto odio agolpado en el pecho que le costará respirar. La bota en la mañana que aplastó el cuerpo de la estudiante no se habrá marchado aún de allí. De su memoria. De su esternón. La ropa seguirá manchada de grasa. El pelo enmarañado. Los muslos olerán a la misma secreción.

—Intenta dormir —dirá él—. Cierra los ojos.

Con los ojos cerrados volverá a soñar con él. Con el soldado. Con ellos abiertos, lo verá a él. A él lo podrá manejar. Él será como una mujer. Suave. Caliente. Su sexo será aterciopelado y bueno. Generoso. Penetrará en ella como un cuchillo en la cera. Lentamente. Mientras los ojos la estudien. Mientras investiguen en su cara la evolución del placer. Sonreirá. Gemirá. Volteará su rostro cuando ella no lo mire. Cuando la penetre y ella aparte los ojos porque será lo que más lo hiera a él. Y para que no la vea llorar. Y él se morderá los labios. Atrapará sus manos y las aprisionará entre las suyas, y se sentará sobre ella y apretará los muslos en torno a sus caderas y ella se retorcerá y se abrazará a él.

—Quisiera que vinieses a donde nací —dirá cerca de su oído—. Es una tierra muy bella.

Ella pensará que ya conoce esa tierra. Es la tierra de todos. La tierra de la niñez. La misma insultante tierra donde todos juegan y se besan y buscan a sus madres y se sacuden y aprietan unos contra los otros en busca del recién descubierto placer. Apartará el brazo de él de su esternón. Le dirá:

—Tengo hambre.

Él se levantará. Abandonará el calor de la cama. Buscará algo en la nevera y luego sacará algo del aparador. Hará frío. Detestará sentir el frío cuando él se vaya. Él regresará con un vaso de leche y pan.

—Déjame cuidar de ti —dirá apartando la sábana.

—Debería haberme ido ya —dirá ella—. Debería odiarte. Te odio.

TOBBÍAS

Pamuk se está arreglando para salir. Lleva una americana con coderas que la madre le ha cosido y, debajo, un jersey de cuello alto tejido por ella también. Ya nunca se pone el jersey rojo comprado en su país.

—Ven conmigo —le dice Pamuk.

A Heda le da un vuelco el corazón. Otra vez. Siente que no tiene un corazón en el pecho, sino una bomba. O un reloj. Le da miedo. Aunque sabe que no es nada. Sabe que un corazón no puede pararse así como así. Y menos el suyo. Es muy joven.

—No tengo ganas —le dice a Pamuk.

Él no se da por vencido esta vez.

—No es bueno permanecer siempre encerrada.

—Tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas, vamos a ver? —pregunta Pamuk.

Quisiera que no insistiera tanto. Es un muchacho. Aún puede verlo saltando en la pista de atletismo del colegio, tropezando con las vallas, poniéndose en pie de nuevo y echando a correr. Luego, tras la revolución, las sirenas lo empujaron a creerse un hombre. No lo es. Pero cree que lo es. Una clase de hombre extraña, como esos actores de las películas. Dice tacos. Sonríe. Fuma. A veces le gustaría golpearlo. Cree que ser un hombre es parecerse a uno.

—Si no sales, ¿cómo vas a conocer a algún muchacho? —pregunta Pamuk.

La televisión sigue soltando su jerga extranjera. Hay huelga. Asesinatos. Tantos que es inútil llevar la cuenta. De madrugada, entre la una y las dos, un hombre que repartía leche. Por la tarde, un policía de paisano. Asesinato es una palabra que en ese idioma da miedo pronunciar. Una palabra larga, llena de erres, casi obscena. Heda sigue escuchando. Un cuerpo que ha sido encontrado junto a las vías del tren, a pocos metros de la estación. Pero era de una mujer. Más. Al norte, varios muertos al descarrilar un tren. En los países vecinos, guerra. Ocupación. Nada de Vanÿek.

Heda se lleva la mano al corazón. De un momento a otro se parará.

La madre, que plancha en un rincón de la sala con la cara enrojecida a causa del vapor, dice:

—Vete a la cantina con él.

Nunca ha estado en la cantina. Es un lugar estrecho, sucio. Tiene poca

ventilación. Podría haber sido cualquier otra cosa, un trastero, un almacén. Pero es una cantina. El lugar donde se reúnen sus compatriotas. Hay una barra de madera con la encimera de chapa donde nadie se acoda. Hay un grifo de agua sobre una pila para enjuagar los vasos. Hay una radio. Suena todo el rato, con música y noticias de su país, pero casi nadie la escucha. Aquí todos se quejan de las condiciones en que viven, del modo en que los tratan, de lo sucias que son sus casas, y su ropa, y lo poco hospitalaria que es esta nación. Casi todos han dejado ya de hablar de su país.

Pamuk entra y enseguida el camarero se pone a hablar con él. Bromean. El camarero mira a Heda de reojo. Luego, Pamuk se vuelve hacia ella y los dos ríen abiertamente, mirándola. Hace apenas unos meses, Pamuk no se hubiera atrevido a comportarse así. Heda está a punto de marcharse, pero él se acerca y la besa y la abraza, como cuando eran pequeños. La conduce hasta el mostrador.

—Piotr, ésta es mi hermana Heda —dice orgulloso. Es un niño, en realidad.

—¿Cómo estás?

Piotr le tiende la mano. Es delgado, con una cicatriz en la cara y las manos gruesas y rugosas de haber trabajado en el campo. Heda se la estrecha.

—Eres estudiante, ¿verdad?

—No. Ya no —dice Heda.

Unos cuantos están sentados a lo largo de una mesa al fondo del local. Gritan y se pelean, ríen. Al verlos, saludan a Pamuk. Son todos jóvenes, algunos ni siquiera habrán cumplido veinte años. Pamuk se aproxima riendo también. Busca unas sillas para Heda y para él, va presentándolos uno a uno.

—Ése es Jean —dice riendo—. Ese con cara de mulo es Dorian. Aquél es Mishca y ése es su hermano Hugo. Y éste, Ulrje.

Ulrje se levanta y hace una reverencia. Aparta la mirada. Tiene los pómulos colorados, y las orejas, y se mueve con el vigor y la torpeza propios de su edad.

Todos mueven la cabeza y ríen sin parar, evitando mirarla. Heda sonrío. Le da un poco de vergüenza, es como tener quince años otra vez. Después, los chicos dejan de reírse y bajan la cabeza, con los ojos húmedos de tanta risa, y en silencio dan un largo trago a su bebida. Pamuk saca cigarrillos e invita a todos a fumar.

Durante veinte minutos o más cuentan chistes y hablan de sus mujeres. Casi todos tienen mujer, los hay que tienen hijos. El hijo de Dorian tiene un año y Jean acaba de tener un bebé. Todos tienen las manos gruesas de haber trabajado en el campo; menos Pamuk. Pamuk es muy diferente a ellos.

Más tarde se presentan dos chicas, Oliva e Ibbet. Oliva es descarada, está pendiente de los chicos, bromea con ellos. Es guapa y lo sabe. Ibbet en cambio no habla mucho. Nadie habla con ella tampoco, excepto Pamuk.

—¿Y tu hermano? —le pregunta—. ¿Por qué no ha venido esta noche tampoco?

Pamuk le explica a Heda que en la fábrica donde trabaja Tobbías ya han iniciado los primeros paros. Huelga.

—Heda tenía muchas ganas de conocerlo —le dice Pamuk a Ibbet.

Heda lo mira con reprobación. Apenas recuerda nada de Tobbías, pero sonrío a la chica y asiente. Ibbet baja los ojos. Tiene los ojos grises, muy grandes y tristes. Parece un perro. Es más joven que Heda, quizá tenga dieciséis o diecisiete años nada más.

—Vendrá luego a buscarme —dice con un hilo de voz—. Han tenido problemas en la fábrica. Ha habido alborotos.

—¿Alborotos? ¿Qué clase de alborotos? —preguntan los demás. Muchos de ellos trabajan en la misma fábrica que el hermano de Ibbet.

—La semana pasada algunos pararon sin permiso.

—Es verdad —dice Ulrje—. La policía vino y se quedó allí hasta la hora de salir. ¿Trabajas también en la fábrica?

—No —dice Ibbet, ruborizándose—. Oliva es la que trabaja allí.

Oliva ríe tontamente y se convierte en el centro de atención. Es feliz.

—Dos de los nuestros, que se creían muy hombres —dice riendo y mirando a unos y a otros—. ¿Es que nadie va a invitarnos a beber?

Jean, que está sentado junto a ella, la coge por la cintura. Ella se cimbreo y luego se aparta de él. Probablemente es buena chica, piensa Heda. Sólo tiene ganas de vivir. A veces, a ella también le entran esas mismas ganas de vivir.

Cuando se marchan, Pamuk ayuda a Ibbet a ponerse el chaquetón. Ella baja tanto la cabeza que el cuello se le va a torcer, le da las gracias. Heda piensa que es demasiado joven para Pamuk.

—Ahí está Tobbías —dice la chica cuando salen al exterior.

Tobbías lleva traje y corbata. Cuando se acerca, Heda reconoce en él al muchacho del autobús, el que vio hace unos días. Tiene el pelo rojizo y los zapatos, aunque viejos, bien lustrados.

—Hola —dice mirando a Heda. La ha reconocido también.

—Hola —contesta ella.

Pamuk salta hacia él, como un cervatillo espoleado por el impulso de jugar. Ibbet se aprieta contra su hermano y sonrío.

EL SOLDADO

Un día Pamuk trajo a casa a un soldado. Un extranjero. Estaba medio moribundo. Papá quiso avisar al médico del pueblo. La madre se lo impidió. Lo obligó a prometer que no lo haría. Ella cuidaría de él.

Durante días, el soldado permaneció boca abajo en la cama de Pamuk. La madre le había quitado el uniforme para poderlo lavar y curar. Lo guardó en el armario de Pamuk. Cada día le daba la vuelta para lavarlo y darle de comer, pero él siempre volvía a tumbarse boca abajo. No tenía heridas. No abrió los ojos. Pamuk lo observaba desde la puerta con la mirada baja, llena de expectación. A Heda le horrorizaba. No se acercaba a él.

A la hora del almuerzo se santiguaron antes de empezar a comer. Llegó Pamuk vestido de uniforme. La madre le dijo a su hijo:

—Quítate ese uniforme.

—No —dijo él.

—Quítatelo. No te he traído al mundo para que te maten.

—Obedece a tu madre —dijo papá.

Pamuk obedeció. Se quitó el uniforme del soldado y lo colgó de nuevo en la percha dentro de su armario. Se movía por la casa como un niño encerrado. Ya no recogía pájaros ni los enterraba en el patio de atrás. Heda sentía lástima por él. Era tan joven. Pero nunca le dijo nada ni se acercó a él.

Un día, papá llegó a casa con el médico. La madre lo miró con una mirada sobresaltada, de reproche, pero calló. Mientras el médico desnudaba al soldado y lo auscultaba, palpaba sus costillas y su abdomen, ella lo ayudó a sostenerlo. No se mantenía erguido. Después, cuando el médico se fue, la madre comenzó a guardar la ropa de cama y los manteles en la vieja maleta.

Papá la miró sin comprender.

—¿Qué haces?

La madre siguió guardando servilletas.

—No dejaré que nadie se lleve a mi hijo.

—Nadie se lo va a llevar.

La madre ni siquiera lo miró. Parecía de piedra. Ausente. Sus propias manos, pensó Heda, parecían asustadas de ella.

—Anda, vamos a cenar —dijo papá. Y la estrechó entre sus brazos, sin que las manos de la madre dejaran de moverse y de doblar y guardar ropa.

El soldado murió esa noche. La madre lo lavó y lo vistió con ropa de Pamuk. Luego quemó su uniforme en el hornillo de la cocina. Papá trasladó su cuerpo hasta el patio trasero, y Pamuk lo ayudó a enterrarlo allí. Parecía blando y caliente, como un pájaro recién caído del árbol.

LA FÁBRICA

El lunes, como siempre, toma el autobús. En la parada de Tobbías pega el rostro al ventanal. Está frío. Tobbías está ahí y sube con otras personas. Heda se oculta tras el pasajero de al lado. Tobbías avanza por el pasillo, con su traje deslucido. Su pelo engominado. Pasa de largo. Heda ve cómo se interna en la parte de atrás.

El resto del viaje lo hace incómoda. Sabe que Tobbías no la ha visto. Pero aun así. Es como si alguien más importante que él la observase y la juzgase. Por un instante, piensa en Dios. Por un instante, se siente ridícula.

Un poco antes de que el autobús llegue a la fábrica, Heda se pone de pie. Avanza a lo largo del pasillo sin levantar los ojos del suelo. Le da vergüenza mirarlo. Hay más gente que quiere bajar, la empujan. Fuera está lloviendo y hace más frío aún. Desde la marquesina, recorre las ventanillas de la parte de atrás del autobús. Él está con la cabeza inclinada sobre un libro. Levanta la mirada y la ve. Sonríe.

El señor Schultz ha mandado colocar un pequeño abeto en la oficina. De momento, no está decorado. Rachel le pregunta si quiere ayudarla, el señor Schultz ha encargado bolas de cristal, tiras de espumillón, todo lo necesario para adornarlo.

—¿Vosotros creéis en Dios? —le pregunta con una bola brillante en cada mano.

Le resulta imposible explicarle a Rachel que sí, que su pueblo cree en el mismo Dios que el de ella. Que ella también fue bautizada, y que también celebró su primera comunión. Que tal vez ahora ya no tengan la misma fe, desde luego. Que incluso algunos, como ella, la hayan abandonado del todo, porque ya no les es posible creer en nada que no sea inmediato, material. No después de la guerra. No después del tren. No después de Vanÿek y de su vida aquí. Ya no. Sería muy complicado explicárselo. Ni siquiera lo hablan entre ellos. Son cosas que no se pueden decir.

A la una, el señor Schultz sale de su oficina y le pide a Rachel que haga pasar al hombre que vendrá a verlo a continuación. Se detiene un momento junto al escritorio de Heda, pero ella no deja de mecanografiar. Luego, el señor Schultz vuelve a entrar en su despacho.

Un poco antes de la una, Heda se levanta. No se siente bien. No se trata de que su padre tenga hoy la primera clase particular con el señor Schultz, no es que no quiera estar allí cuando llegue papá. Es que no quiere ver la expresión del señor Schultz. Ni cómo Rachel lo trata como si fuese un paria. Un expatriado.

Se marcha, le dice a Rachel. Algo que ha comido ha debido de sentarle mal. Le duele la cabeza y no puede respirar. La Navidad la pone así, le dice.

Rachel se alarma y contesta que informará enseguida al señor Schultz. Heda se pone el abrigo y se va.

En la pasarela, el señor Schultz la alcanza.

—No es necesario que su padre venga si no quiere venir. Yo no obligo a nadie — le dice.

—Haga lo que quiera.

Heda se lleva la mano a la frente. Él frunce el ceño, la mira detenidamente.

—¿Qué tiene? —dice.

—Nada.

—Si no se encuentra bien, quédese en casa. Y no vuelva hasta que se sienta mejor.

LA CASA

Está enferma. Tiene fiebre. Le cuesta trabajo respirar.

—Vete a dormir —dice la madre, de pie, frente al fogón—. Luego te llevaré un poco de caldo.

Pamuk regresa del trabajo y entra en la habitación. Le trae algo en un paquete.

—Tobbías me lo ha dado para ti —dice.

—¿Para mí? ¿Por qué? —se extraña Heda.

—¿No quieres saber lo que es?

Ella vuelve la cabeza.

—No. Devuélveselo.

—No pienso devolvérselo —protesta Pamuk.

Se abre paso hacia la puerta a través del biombo improvisado que divide el cuarto en dos. Sale al pasillo. Luego vuelve a entrar de nuevo y arroja el paquete sobre una silla.

—Estás enferma —dice. Luego ríe—. Mañana lo verás de otra manera, ya lo sé.

Duerme durante todo el día y la noche. La fiebre la ha hecho delirar. Ha soñado con Vanjek. Primero lo ha visto en el tren. Vestido de uniforme y con las ropas de la chica encima de la guerrera. Después lo ha visto en la fábrica, como un obrero más. El señor Schultz lo zarandeaba y ella lo defendía. Luego, el señor Schultz se quitaba el abrigo y se lo daba. Heda lo rechazaba y él permanecía de pie contemplándola, mudo.

El médico ha venido a verla dos veces, se lo ha dicho papá.

—¿Por qué tienes que trabajar para el señor Schultz? —le pregunta Heda.

—¿No te gusta verme allí?

No le gusta, no. No sabía que papá lo supiese. Es un hombre inteligente. Está abatido, ha perdido casi todo su valor. Pero sigue siendo inteligente. Y sigue siendo su padre. Le pasa a Heda la palma de la mano por la frente y le dice:

—Ha enviado unas naranjas para ti.

—No las quiero —dice Heda—. Devuélveselas.

Papá sonrío y sale de la habitación.

A la una, la madre viene a traerle la comida. Se siente capaz de levantarse a comer, pero la madre no quiere. Podría contagiarles su enfermedad. Coloca la

bandeja en la mesita de noche y va a servir la comida a papá y a Pamuk. Heda se recuesta contra el cabecero de la cama, un amasijo de hierros oxidados. Aparta las sábanas y se levanta. Las baldosas están frías. Heladas. Sus pies son dos pedazos de carne congelada. Coge el paquete de Tobbías y regresa a la cama con él. Lo abre. Se trata de un libro. Un libro de poemas de uno de los poetas de su país. Conoce perfectamente el libro, ya lo ha leído. Hay una dedicatoria. «Para una bella chica, un bello libro».

Papá entra en la habitación con una cesta. Dentro están las naranjas del señor Schultz.

—Huele —le dice—. Es como estar de nuevo en casa.

Heda guarda el libro y huele la naranja que le ofrece papá. Huele muy bien.

—¿Crees que volveremos alguna vez, papá?

Hay armisticios. Sabe que en otros países ocupados ha sucedido lo mismo. La amnistía, por ejemplo, el perdón general. Papá baja la cabeza.

—El señor Schultz es un buen hombre —dice sonriendo a Heda.

Luego añade, mirando las naranjas de la cesta:

—Tiene grandes deseos de aprender.

EL TREN

Desde el suelo, oye cómo el soldado canta. Un momento antes todavía era la vida. Ahora, la chica muerta va colgando detrás de él. Golpeando la tierra con los brazos, la cabeza, mientras él tira de ella como de una muñeca. Los dedos arrastrando por el suelo las hojas muertas. El cabello enmarañándose entre la maleza. Unos momentos antes habían abandonado juntas el vagón. Unos momentos antes, en el campus de la universidad, con su suelo recubierto de césped, era todavía la vida.

Ya no es la vida. Aunque tampoco está muerta, como la chica. Le duelen los riñones. Tiene frío. Está viva. Pero desde el suelo, junto al tocón, ve cómo las cosas deformadas dejan de parecerse a la vida. Más adelante, verá cómo la vida se va deformando poco a poco, cada vez más, para parecerse a la vida, sin lograrlo. La vida ya nunca se parecería a la vida.

En el apeadero, el crepúsculo barre las sombras con fuego. Las sirenas, en la distancia, suenan como relinchos de caballo. Como proverbios. Como si el futuro estuviera contenido en ellos. Feos. Carentes de porvenir. Ve al soldado de cara arrugada, picada de viruela, arrastrar a la chica encima del tocón. Le duelen los riñones, tiene frío. Lo ve apartarle el pelo de la cara y luego cortar con la navaja los trozos de piel. Lo ve depositar los trozos de piel alrededor de la cara. Chorreando sangre. Exhalando vaho. Como una máscara de la Antigüedad. El tórax de ella curvado encima del tocón. La niebla inflamada por la luz de las hogueras entrando por su boca abierta y por los orificios secos de su nariz. Ve cómo el soldado se estira, se despereza. Cómo, entumecido por el frío del amanecer y el esfuerzo, mira el reloj. Tal vez esté cansado, piensa Heda. Ha pasado la noche con la chica, no ha parado. Heda lo ha oído mientras pensaba en morir, en golpearse la cabeza contra el árbol donde la han atado. Y cuando se ha dado cuenta de que sería incapaz, ha pensado en un error que desviase el fuego de mortero de unos pocos kilómetros al norte más acá, hacia la vía del tren. Pero el soldado se vuelve ahora hacia ella y sonrío. Y Heda se orina encima y cierra los ojos para no mirarlo.

KNOPF

Llueve. La lluvia cae rítmicamente sobre el cristal de la ventana, una emisión en clave. También zumba sobre el tejado, una riada, un río desbocado que fuera a llevarse por delante las antenas, los tiros de las chimeneas, la ropa de las cuerdas.

Pamuk regresa de la fábrica más contento de lo habitual. Prendido en un bolsillo de su camisa trae un pedazo de tela. Es un corazón con su nombre bordado dentro de él. Lo ha hecho Ibbet.

—Es como el que bordó para ti —dice Pamuk—. ¿Te acuerdas?

Ibbet borda muy bien. También cose. En la tienda donde trabaja le han pedido que haga más. Se venden bien, dice Pamuk. Heda mira el corazón en el pecho de Pamuk y piensa en la pobre muchacha que se ha enamorado de su hermano. En su ingenuidad. En su juventud. Piensa que la vida es extraña. Y perversa. Que tan pronto un muchacho es capaz de traicionar a su padre, de arrastrar al abismo a su familia, como de enamorarse de una niña que borda tontos corazones.

—Ven a la taberna hoy —dice Pamuk—. Te sentará bien salir.

Por qué no, piensa Heda. Ha dejado de llover. Ya no tiene fiebre. Tal vez Tobbías esté allí.

Cuando llegan, alrededor de la mesa están congregados los mismos muchachos de la otra vez, cantando canciones del país. Tobbías también está. Se levanta a traerle a Heda una silla que coloca junto a la de su hermana Ibbet. Ibbet se ha soltado el pelo. Está bonita. Sonríe todo el tiempo a Pamuk. Pamuk sonríe mirando alternativamente a Heda y a Ibbet, y también sonríe a Tobbías. Tobbías sólo la mira a ella.

Pronto aparece un hombre que dice ser capataz en la fábrica de papel. Se trata de Knopf. Heda se siente enferma. Le gustaría marcharse. Sin embargo, es mejor que permanezca allí. Tal vez Knopf no la recuerde. Tal vez nunca la viera con Vanÿek. Tal vez Vanÿek nunca le hablara de ella a Knopf. Aparta la vista, pero lo observa. Su cara está picada de viruelas, como la de Vanÿek. Es desagradable. Su voz suena por encima de las demás, como una alarma antiincendios. Habla de turnos y salarios. De injusticia. También de huelga. En la fábrica habla de lo mismo con otros. Algunas veces lo ha oído armar alboroto detrás del almacén.

—Una huelga es lo último que queremos —dice Tobbías.

Knopf lo mira con desdén.

—Nos tratan como a perros porque nos comportamos como si lo fuéramos. Nos quieren lejos de aquí.

—No —dice Tobbías—. Las huelgas no son buenas.

Knopf bebe despacio un trago de su jarra de cerveza. Mira con desprecio al resto. Tiene la boca ávida, de campesino envidioso. Solivianta los ánimos de los otros diciendo lo que quieren oír. Busca su aprobación. Tobbías levanta el vaso y brinda por la proximidad de las Fiestas.

—Por la Navidad —dice.

Todos ríen, se palmean la espalda. Al rato, cantan un villancico de su país.

Pronto, cuando todo el mundo está borracho, Tobbías se acerca a Heda y la toma de la mano. Heda lo sigue fuera del local. Hace frío, pero se agradece. El vaho formando pequeñas nebulosas delante de la nariz. Tobbías enciende un cigarrillo y juntos miran la luna. Luego, él pasa el brazo alrededor de su cintura y la atrae hacia sí. Sus ojos se achican tanto que parecen dos cabezas de alfiler. La besa. A Heda le late deprisa el corazón.

EL JERBO

El libro yace abierto sobre la cama. Habla de un ermitaño. El ermitaño se había enemistado con los hombres. Como ellos, sabía hablar. Sabía mover los labios y emitir sonidos articulados carentes de sentido. Como los hombres, recogía frutos del suelo que se llevaba a la boca. Las estelas recorrían el cielo incluso allí, en la agreste floresta donde se había retirado, y él los observaba como se observa la tormenta en la distancia, lápida líquida que se deja caer monstruosamente sobre las cabezas vivas de los otros. Qué paz. Qué tranquilidad. Poder respirar ese aire no mordido por labios humanos, ávidos y lampantes, era un don de Dios. Qué descanso sentirse perdonado por Él. Dispensado por Él. De luchar, de vivir. No horadar ni escupir.

En la mesa del ermitaño había un cuaderno de dibujo y un jerbo. El jerbo había perdido una pata. Cada mañana, le pedía que dibujase para él. El ermitaño le dijo:

—No sé dibujar.

—¿Que no sabes dibujar? ¿Y qué? Ahí está ese cuaderno. Y puedes andar, ¿no?

El jerbo parecía con derecho a recriminarle esta y más cosas, así que se acercó a la ventana y dibujó.

Unos pájaros. Unos conejos al sol. El cuerno de una ocre montaña que dividía el paisaje y que quebraba el horizonte.

Dibujó intentando que nada tuviese una gran coherencia. Como sentarse afuera y oler. Un olor, qué historia podía contener un olor. Pero su dibujo adquirió fuerza. Tanta que un pájaro cayó muerto de una rama y el sol se ocultó.

—No sabes dibujar —dijo el jerbo—. Vas a tener que practicar mucho.

—Está bien.

El ermitaño cerró el cuaderno y puso de comer al jerbo que, pese a todo, se escabulló en cuanto pudo con la promesa de que vendría de nuevo al día siguiente.

SCHULTZ

La madre hace punto frente al televisor. Mueve las agujas a velocidad vertiginosa, sin mirarlas. Sus ojos están fijos en las imágenes que se mueven distorsionadas a través de la pantalla en blanco y negro. Locutoras rubias bien vestidas. Actores representando una escena de amor. Cargas policiales en las principales fábricas de la ciudad. Se oye muy mal. El aparato es antiguo, está viejo y mal sintonizado, el señor Schultz mandó a alguien a arreglarlo, pero el ruido no cesó. Sin embargo, a la madre le da igual. No necesita oír. No ha aprendido el idioma, no quiere, dice que no lo necesita. Nunca sale. Manda a Heda al economato a comprar comida y leche, betún para lustrar zapatos, pinzas para la ropa, jabón. Tampoco va a la iglesia, reza en su habitación, sola, cuando nadie la ve. Heda se pregunta si es feliz.

A las seis, se oye rumor de pasos en la puerta. Son papá y Pamuk que regresan de trabajar. El señor Schultz viene con ellos. La madre deja el punto y se levanta desabrochándose el delantal. Heda se levanta también. El señor Schultz pasa hasta el centro del comedor. Es tan alto que tropieza con la lámpara.

—Espero no importunarlas —dice saludando con una inclinación de cabeza.

—El señor Schultz viene a tomar café con nosotros —dice papá.

Pamuk atraviesa sin saludar el comedor y se encierra en su cuarto. Papá se quita el abrigo y besa a la madre y después a Heda. Invita a sentarse al señor Schultz. Ha traído el periódico para Heda. Está cansado, tiene un profundo surco morado debajo de cada ojo. Tiene el pelo completamente gris.

El señor Schultz se sienta en el sillón. Tiene el porte de un dignatario. De un dictador. Mira a su alrededor con despreciativo interés, dictando sentencia. La casa debe de parecerle pequeña. Húmeda. Insuficiente y poco confortable para él. Y ellos, mezquinos y extraños. ¿Por qué está allí?, se pregunta Heda. La madre retira la labor de la mesa y se marcha a preparar el café. Papá camina por la habitación. Durante unos instantes nadie dice nada. En la tele, la imagen se detiene frente a un conocido monumento de su país. Es el Héroe Unificador. Un vestigio del pasado. Luego, la cámara enfoca el Parlamento, el edificio de la Real Academia, la Ópera, y una conocida plaza ahora desierta. Papá deja de pasear y la observa. A continuación se habla de huelgas. Se muestran las imágenes de policías corriendo entre la multitud. Hay dos cuerpos en el suelo. Tal vez muertos. Una oleada de miedo invade a Heda. Y

de rencor. Se acerca aún más al borde del sofá. El señor Schultz, frente a ella, se retrepa.

Dice:

—¿Le ha contado a su familia que muy pronto va a sustituir a Rachel?

Heda aparta la vista del televisor.

—No. Nunca he dicho que vaya a sustituir a Rachel.

Papá le lanza una mirada de reproche a Heda. Sonríe.

—Claro que sí —dice—. Está contenta.

—No —dice Schultz—. Y tiene razón. No es trabajo para alguien como ella.

Está acostumbrado a mandar, piensa Heda. Mira a los ojos con arrogancia, como lo haría un oficial del ejército. Los desprecia. Y ella lo desprecia a él. Le gustaría escupirle su trabajo a la cara.

—Estoy bien como estoy —contesta Heda.

—No lo está, no mienta. No tiene por qué ser tan altanera conmigo. Recuerdo que a los pocos días de su llegada aquí me desafió.

—Estaba obrando mal. Pegar a otro hombre sólo porque es más débil que usted es una iniquidad.

—¿Qué sabe usted de mí? Yo me crie sólo con lo básico —dice Schultz—. Mi padre murió cuando yo era un niño. Se suicidó. Mi madre tuvo que sacarnos adelante ella sola a mi hermana y a mí. Tuve trabajos mucho peores que el suyo. No tuve tiempo de estudiar.

—Bueno, eso no es nada malo —interviene papá. Está nervioso. No le gusta incomodar al señor Schultz.

—Por supuesto que no —replica Schultz—. Hoy estoy orgulloso de poder ofrecer a mi madre la seguridad y el desahogo que nunca tuvo. Lo mismo que a mi hermana. Ellas dos son todo lo que tengo.

Heda permanece callada. No lo mira. No sabe qué decir.

Es Schultz quien dice:

—Es usted demasiado orgullosa para ser tan...

—Tan qué... —lo interrumpe Heda.

Papá le ofrece un cigarrillo al señor Schultz.

—Joven, iba a decir.

Lo dice sin ningún matiz. Como si dictase una carta.

Heda se arma de valor y se atreve a preguntar:

—¿Piensa impedir la huelga?

Su padre intenta decir algo, pero Schultz lo ignora.

—¿Cómo dice?

Está confuso. No se esperaba una pregunta así. Directa. No sabe qué decir. Heda saborea el instante.

Schultz contesta:

—Eso no es de su incumbencia.

—Sí lo es —replica Heda—. ¿Por qué trata tan mal a sus empleados? ¿No sabe que una huelga es lo último a lo que se ha de llegar?

Schultz se pone de pie.

—Desde mañana no trabajará para Rachel sino para mí —dice con indiferencia—. Será mi secretaria y no su ayudante.

—No me importa seguir trabajando para Rachel —replica Heda.

Papá interviene:

—Hija, el señor Schultz te está ofreciendo un puesto mejor.

La madre llega con el café. Pero el señor Schultz se marcha. Tiene cosas importantes que hacer, dice. Ni siquiera ha tocado el café, que queda en la bandeja junto al plato lleno de galletas. Se despide con un apretón de manos de papá e inclina la cabeza en dirección a la madre. Heda vuelve a sentarse en el sofá.

Cuando el señor Schultz se marcha, papá le dice:

—No has debido hablarle así. Lo has ofendido.

La tele sigue mostrando borrosas imágenes de su país. Una playa. Una muralla. El campus de una universidad. Heda las contempla. Su mandíbula se contrae. Le gustaría decirle a papá lo que piensa del señor Schultz. Le gustaría decírselo al señor Schultz. Pero se limita a recordar los apartados prados que rodeaban el campus de la universidad. Hace mucho que no ha pensado en ellos. En el muchacho risueño que la perseguía, manejando horriblemente los pedales de la bicicleta del preboste. En la felicidad clandestina que hacía latir el corazón.

—Es un buen hombre —dice papá mientras se pone las zapatillas que le ha traído la madre—. Quiere que también le dé clases de latín.

—¿Va a pagarte? —pregunta la madre.

—Sí —dice él.

Pamuk sale del cuarto de baño.

—¿Dónde estabas? —le pregunta—. El señor Schultz se ido ya.

Pamuk hace un gesto de desprecio y se cuadra delante de papá.

—¿Cómo esperas que esté bajo el mismo techo que ese hombre, papá?

—Vamos a cenar —dice papá.

IV

VANÿEK

Tiene frío. Mucho frío. Hace tanto frío en ese país. Por las mañanas, al ducharse, se frota el cuerpo con los puños cerrados alrededor de la esponja. Al salir, de su boca se desprende vaho.

Cuando llega a la fábrica, Rachel dice:

—Han matado a un trabajador. La policía ha estado aquí.

La han interrogado. A ella y al señor Schultz. Justo el día que empieza la huelga, dice Rachel. Se pasea por el despacho fingiendo una u otra ocupación.

—Ese hombre, al que han matado, ¿lo conocías?

—No sé de quién me hablas —dice Heda.

Así que ha sucedido por fin. El corazón se para un momento. Continúa después.

—Trabajaba en la fábrica —dice Rachel. Se sienta en el borde de la mesa. Sus gruesas piernas se tensan dentro de las medias—. Era de vuestro país.

—Tú llevas aquí más tiempo que yo —dice Heda—. A lo mejor lo conocías tú.

—Pobre hombre —dice sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué? ¿Por qué te da pena? Tal vez lo mereciera.

Ha levantado la voz. La puerta del despacho del señor Schultz está abierta. El señor Schultz está allí, parado en el umbral. Mirándola con su cara de reprobación. Le pide a Heda que entre en su despacho.

—Cierre la puerta —le ordena.

Heda obedece. Permanece de pie. Él no la invita a sentarse como otras veces.

—Estará al corriente de lo que ha sucedido.

Guarda silencio. Tras una pausa, Schultz continúa.

—La huelga comienza hoy a las seis. ¿Ha decidido si va continuar trabajando?

—Sí —dice Heda.

Un ligero temblor sacude el mentón de Schultz.

—Me alegro. Vamos, siéntese.

Heda permanece de pie. No quiere sentarse, le dice a Schultz.

Schultz rodea el escritorio y se sienta en su sillón. Enciende un cigarrillo.

—Han encontrado el cuerpo de Vanÿek. —Levanta los ojos hacia ella. Pregunta—: ¿Conocían usted o su familia a Peter Vanÿek?

—No.

—¿Nunca lo habían visto antes de trabajar aquí?

—No.

—Pero era de su país.

—Somos muchos —contesta Heda agriamente, reprimiendo una arcada—. No todos nos conocemos.

Schultz contiene un gesto de enojo. Su cuello se tensa.

—¿De qué hablaban aquel día en la estación de Nütsen?

—No hablábamos.

—La vi. Vi cómo se abrazaban.

—No nos abrazábamos.

—Vi cómo usted lo apartaba y lo golpeaba después.

Heda se siente desfallecer.

—¿Y usted no hizo nada?

—No me pareció que hubiera nada que yo pudiera hacer.

—¿Puedo irme ya?

—¡No! —Schultz da un puñetazo en la mesa—. Siéntese.

Heda obedece. Se sienta en la silla y se mira las puntas de los pies.

—La policía ya sabe que usted es esa mujer.

Clava sus ojos en Schultz. No puede creer que haya hablado. Él adivina lo que está pensando.

—No me mire así —dice—. No la he delatado yo. Alguien más la vio.

—Yo lo maté.

Schultz se relaja. Se deja caer en su sillón.

—No diga tonterías.

—Ya se lo dije —insiste Heda—. No le mentí.

—Lo recuerdo, sí. Escuche. Todos ustedes frecuentan los mismos lugares. Iglesias, comercios. Alguien tiene que saber algo.

—¿Por qué no me cree? —dice Heda—. Usted lo vio.

Schultz se acoda en la mesa y reúne las puntas de los dedos frente al rostro.

—Porque yo vi a Vanÿek salir corriendo de allí —dice con serenidad—. Los muertos no corren.

Algo físico se descompone en su interior. Ella no mató a Vanÿek. Sólo se muere una vez y él ha muerto ahora y no entonces.

—No lo maté —dice Schultz—, aunque tal vez eso no importe.

A Heda sí le importa. Matar a Vanÿek no había sido lo que imaginó. No había cambiado las cosas. No había cambiado nada. Ya nada lo haría.

Se siente decepcionada. Insignificante. No le importa la prisión. No le importa la deportación. Qué más da aquí o allí. Morir es lo que cuenta.

—No me importa lo que hagan conmigo —le dice a Schultz.

—Pues a mí sí —responde Schultz con tristeza. Aparta un momento los ojos de ella y abre un cajón—. Todos ustedes se reúnen en una cantina que hay en el pueblo.

—Yo no frecuento cantinas.

El gesto de Schultz se reblandece. La luz que penetra por el ventanal a su espalda recorta su perfil.

—Lo digo porque tal vez su hermano sepa algo. Hable con él. Pregúntele.

Heda lo mira con prevención.

—¿Mi hermano?

Schultz ignora su pregunta. Unos segundos más tarde la interroga otra vez.

—¿Ha pensado de nuevo en mi ofrecimiento?

Ella rehúye su examen. No contesta. Schultz se inclina sobre sus papeles y comienza a escribir.

Levanta la cabeza.

—Dígale a Rachel que busque a Knopf. —Vuelve a bajarla—. Márchese ya.

EUROPA

Él y ella irán al cine. A veces lo harán. Él habrá pagado las entradas. Comprará las bebidas. Palomitas. Cuando apaguen las luces de la sala se pegará a ella. La besará. Tomará su mano y la apretará en la oscuridad. Ella mirará la película. A veces, también mirará las otras filas. Ellos se habrán sentado en la última, cerca de la salida. Todos mirarán la película, nadie los mirará a ellos. Él nunca se habrá aventurado a ir con ella más lejos de allí. Se quedarán siempre en las afueras del pueblo, cerca de la pensión. Sin embargo, cuando salgan, hoy rodeará los hombros de Heda con su brazo.

—Ven —dirá erguido, mirando al otro lado de la plaza—. Vamos a tomar café.

No será hora de ir a tomar café. Será hora de volver a casa. Mañana tendrán que madrugar.

Sentados en la cafetería, él dirá:

—No quiero que lo veas más. Ni a él ni a ningún otro. No quiero que veas a nadie más que a mí.

Ella no contestará. Él se enfurecerá. Se frotará los ojos. Parecerá febril. De hecho, recordará Heda, hoy no habrá ido a la fábrica a trabajar.

—Te casarás conmigo.

—Tienes mal aspecto —dirá ella.

—¿No me has oído?

—Estás enfermo.

—No me encuentro bien —dirá él. Habrá tenido que aflojarse el nudo de la corbata y se echará el pelo hacia atrás. Le brillarán los ojos—. Vámonos de aquí —dirá con la voz quebrada.

Heda se bajará del taburete y abandonarán el local. En la calle, él la retendrá por el brazo.

—Vamos a casa.

Volverán a la pensión. Cuando él se tumbe sobre ella en la cama, desnudos, ella se dará cuenta de que le arde la piel.

—Tienes mucha fiebre —le dirá.

Lo observará. Tendrá los pómulos coloreados. Los ojos muy líquidos.

—¿No vas a decir que sí? —dirá él—. ¿Es que no quieres ser mi mujer?

Heda se apartará de él. No debería estar allí. Se sentará en la cama y comenzará a vestirse para marcharse. El rótulo luminoso de la pensión Europa acabará de encenderse. Él jurará en voz tan alta que los demás inquilinos de la pensión lo habrán tenido que oír. Se abalanzará sobre ella. Tirá de Heda hacia sí. Sin fuerza. Aun así, apoyará la cabeza en su regazo y ella enredará los dedos en su cabello y con las manos frías se lo masajeará. Él se dormirá.

Tendrá fiebre hasta el amanecer.

LA HUELGA

El viernes por la tarde, en la cantina, todos hablan de la muerte de Vanĵek. No lo merecía. Era joven, tenía sólo cuarenta y dos años. No merecía morir, dicen todos. Un pobre expatriado. Un refugiado, como ellos. Aunque nadie lo quisiera, aunque nadie supiera lo que era en realidad, todos están ahora a favor de él.

—Era del pueblo de Piotr —dice Jean—. Piotr lo ayudó a instalarse aquí.

—Así es —dice Piotr desde la barra.

Piotr sacude la cabeza mientras pasa concienzudamente el trapo por encima del mostrador.

—Nunca me lo crucé allí en mi pueblo. Aquí tampoco solíamos vernos. Pero era de los nuestros.

Han encontrado el cadáver cerca de la fábrica de plásticos, en un callejón. Llevaba muerto poco menos de un mes. El frío lo había conservado intacto. Una mujer que iba a recoger cartones vio un bulto rodeado de basura entre unos cubos. Se acercó a ver qué era. Quizá pudiese serle de utilidad. Era un cadáver. Alguien lo había acuchillado y lo había abandonado allí. Aún estaban investigando cómo ocurrió.

Heda, sentada en la cabecera de la mesa, entre su hermano y Tobbías, intenta pensar en algo que no sea la muerte de Vanĵek. Al principio, piensa en Schultz. Pero aparta de sí ese pensamiento y piensa en su hermano. Piensa en la muerte. Piensa en la prisión. En la deportación.

Ahora, en la televisión hablan de la huelga en la fábrica de papel. La del señor Schultz. Van a parar las máquinas hasta que Schultz iguale sus condiciones salariales a las del resto de los trabajadores del país. Al oírlo, todos aplauden, se levantan y vitorean. Se olvidan de Vanĵek y de su cadáver. Aún de pie, abrazándose unos a otros, la televisión les devuelve imágenes de ellos mismos a la entrada de la fábrica. Los muestra portando pancartas, gritando proclamas, lanzando piedras contra las verjas cerradas. Contra los coches que traspasan el piquete. Todos gritan fuera de sí. Ahora, la pantalla es ocupada por la imagen de Schultz. Está siendo interrogado por un periodista, en la parte de atrás del almacén, en el mismo lugar donde lo vio golpeando a aquel obrero. Su rostro revela preocupación. Está perdiendo dinero. Habla de producción. De medidas económicas. De reajustes salariales. De justicia.

Dice que piensa hacer bien las cosas. Él es un hombre justo. El ruido de las sirenas apaga un poco su voz.

Heda se pone en pie y corre al lavabo. Vomita la comida. Después, aunque no le queda nada en el estómago, sigue vomitando. Se mira en el espejo. Ya no es una muchacha. El espejo le devuelve la imagen de una mujer con la cara macilenta, arrugada. Mayor. Como la madre.

Salen a la calle. Los niños empujan sus carritos llenos de gorros de lana, de neumáticos y pistolas de agua. Hay un desfile constante de coches que despiden humo blanco y caliente por sus tubos de escape, brillos metálicos de sus parachoques. Hay ropa tendida. Olor a salchichas. Hay un acorde en el aire que vibra con un rumor de torre de alta tensión. De presagio. De maldición. Heda siente que se le revuelve el estómago otra vez. Tobbías la mira. Sonríe mientras la toma por la cintura y la aprieta con fuerza contra sí. Le habla de amor.

KNOPF

Los miércoles, a la hora de comer, el señor Schultz recibe a papá. Papá entra en la oficina como un empleado más, se descubre la cabeza, saluda a Rachel con una leve inclinación. Lleva en su cartera los libros que utiliza para enseñar a leer a los niños de los alrededores, a los obreros iletrados de las fábricas. Rachel lo envuelve en una mirada curiosa. Sabe que es el padre de Heda. Un refugiado, como ella. No es amable con él. No sabe qué viene a hacer aquí. No sabe quién es ni sabe nada de los artículos de prensa, de las fotos, de los libros y las obras de teatro escritos por él. *La ofensa, La especulación*. Pulsa el botón del comunicador que conecta con el despacho de su jefe y lo anuncia con su voz anodina al señor Schultz. Al rato, la puerta del despacho se abre y Schultz invita a papá a entrar.

Durante toda la mañana, Heda los oye hablar tras de sí. Un murmullo de voces, movimientos imprecisos tras la puerta, lápices que vienen y van. A veces, la voz de papá se eleva por encima de la del señor Schultz. Ya no le importa, siente curiosidad. Quisiera entrar con una excusa u otra, podría hacerlo. Una firma del señor Schultz. Una carta para archivar. Quisiera ver la cara de humillación de Schultz. Le gustaría sentir su incomodidad.

Rachel se marcha a su casa a la hora de comer, últimamente lo hace a menudo. Está rara. Ha adelgazado. Sin embargo, no para de comer. A veces baja a la cantina a por un pastelito de crema y un bocadillo de queso, y se los come con desgana. Huele raro. Quizá haya perdido a su bebé. Quizá no quiera dejar su puesto a Heda.

Heda no tiene hambre y se queda a escribir unas cartas. Así adelantará trabajo antes de Pascua. Sin embargo, no hace nada de lo que ha dicho. Sólo permanece sentada. Está cansada, no tiene ganas de pensar. Debe tomar una decisión, salir o no antes de que lo hagan ellos. Pero sólo permanece allí, mordiéndose una uña.

Finalmente coge el abrigo y se va.

En la pasarela, se cruza con la hermana del señor Schultz. Es mucho más joven que el señor Schultz. Sólo un poco mayor que ella. Lleva un sombrero y un abrigo de piel. Huele a menta y a perfume. Es alta, distinguida, parece una actriz. Ni siquiera mira a Heda cuando ésta se detiene para dejarla pasar. Se pregunta si podría competir con ella con un vestido nuevo. Si podría pasar por una chica bonita. Del país. Es la primera vez que piensa algo así desde que llegó aquí. Es la primera vez que piensa así

en mucho tiempo.

En la calle se ha levantado viento. Rodea el edificio y va a la parte de atrás del almacén. Se sienta. El lugar está vacío, no hay ni un solo trabajador. A veces no ve a nadie hasta que se va. Saca su libro y comienza a leer, pero cualquier cosa que emprende hoy le parece aburrida. La impacienta. Todo la hace pensar en él. En Schultz. En la huelga y en la hermana de Schultz. En parte, lo que siente se parece un poco a la vida que recuerda en ocasiones. A veces es un instante nada más. El miedo, la amenaza, el porvenir desaparecen. Y queda sólo la vida. Es un poco ridículo. Tal vez alguien venga por ella y se la lleve. Pero no ahora. Ahora no.

La niebla se hace tan espesa que no le llega la luz del farol. Se pone en pie. Camina hacia la fábrica, pero la voluminosa forma de los edificios se ha borrado. No hay nada frente a ella salvo niebla. Por un momento, siente que se marea. Le falta la respiración. Avanza a tientas unos pasos y luego gira a la derecha para regresar a la oficina por la parte de atrás. Hay un zumbido en el aire, un sonido sin eco. Parece como si hubiera anochecido de repente. Se siente confusa. Se ha perdido. Mira a todas partes buscando un punto de referencia cuando se da cuenta de que se halla dentro del taller. Es desconcertante, sentir que se está fuera y estar dentro. Le lleva un momento que su cabeza lo acepte. Aguarda un poco antes de salir, no quiere perderse. Afuera puede ser mucho peor.

—¿Qué haces aquí?

Un hombre se abre paso hacia ella entre la niebla. Está tan cerca que tiene que levantar la cabeza para mirarlo a la cara. Es Knopf.

—Un momento —dice él—. ¿No eres tú esa muchacha, la hermana de Pamuk? — Se acerca aún más—. ¿Quieres un cigarrillo?

—No —dice apartándose de él.

—Espera un poco.

Lleva uniforme. Una placa brilla en la solapa de su chaqueta. Le hace pensar en la policía. Tiene la cara completamente picada de viruela.

—¿Sabías que hay nidos de vencejo en el techo, ahí detrás? —señala—. ¿Te gustaría verlos?

—No —dice Heda.

La examina con detenimiento.

—Eres muy guapa. ¿Cómo te llamabas?

—Heda.

—Yo soy Iggor Knopf. Puedes llamarme Iggor, aunque aquí todos me llaman Knopf.

—Me tengo que ir.

—Así que trabajas aquí. Ya me parecía a mí que te conocía de algo.

La sigue hasta la puerta. Afuera, la niebla sigue siendo espesa.

—Yo puedo ayudarte si lo necesitas —dice Knopf. Coge la mano de Heda—. Tú sólo dímelo, ¿eh?

A Heda le late deprisa el corazón. Se vuelve hacia la luz, está mareada. Tiene ganas de vomitar. Intenta soltarse, pero Knopf no le suelta la mano. Así que Heda la lleva a su boca y la muerde con fuerza. Knopf deja escapar un grito y la empuja contra la pared. Heda se golpea la cabeza, pero no le duele. Knopf se mira las marcas de los dientes en la piel.

—¡Hija de puta! —grita.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta alguien tras ellos.

Es el señor Schultz. Mira con los ojos entornados desde la puerta, enmarcado por la luz del exterior.

—Señor Schultz —dice Knopf—. Llevo un rato buscándolo.

Heda puede sentir la adrenalina en su torrente sanguíneo. Primero en las sienes. Luego en las muñecas. El señor Schultz la mira mientras habla con su capataz.

—No es de mi incumbencia, pero debería ir a ver lo que ha pasado en la planta dos —dice Knopf—. Parece que hay alboroto.

—Márchate.

Knopf se marcha mirando hacia atrás. El señor Schultz permanece quieto frente a ella. Hace frío, pero siente que se ahoga. No puede respirar.

—Su padre ha estado esperándola. ¿Dónde estaba?

—En mi tiempo libre no tengo por qué darle ninguna explicación —contesta.

Schultz la agarra por el brazo. Siente sus dedos atenazándola con fuerza. Pero no siente miedo. Sólo odio y un gran vacío. Con una sola mano, Schultz la atrae hacia sí. La besa. Heda permanece entre sus brazos, quieta. Inerte. Siente el impulso de escupir. Debería escupir en la cara al señor Schultz.

Denso y pesado, el aire pasa de largo por su pecho, encajonado, y se aleja de su corazón.

PAPÁ

Papá había experimentado de joven cierta dificultad respiratoria. Habían acudido al hospital. El de la universidad, donde él daba clases aún. El médico había descartado la enfermedad. Era fatiga, dijo, cansancio. Tal vez preocupación. Debería salir de la ciudad, recomendó. Fue poco antes de que empezasen las denuncias y las deportaciones. Mucho antes de que nadie pensase en la vida como algo diferente de ir al trabajo, fumar una pipa por las noches, tomar dulce de higos para merendar, hablar con las vecinas en la penumbra del portal. Antes de que se marchasen al campo. Antes de que abandonasen la ciudad, cuando Heda odió más a papá. La única vez que lo odió.

El campo era un lugar sin palabras. Silencioso. Antes no entendía el silencio, ahora sí. Había hojas muertas. Caminos. Huertos y animales que echaban vaho por la boca. Olores. Pero no había nombres para las cosas. Las calles no tenían. No había nombre para llamar a un temblor momentáneo de la tierra. No había nombre para denominar los diferentes tipos de comida. No se hablaba de los pensamientos, de pensar con dolor, o pensar con alegría. Tal vez la gente no pensara allí. Para el tiempo de descanso entre clases en la escuela no había denominación. Si no pensaban, ¿qué hacían? ¿En qué empleaban el tiempo? Le gustaba más antes. Antes de vender los muebles y la casa. Antes de los animales. Antes de que papá le diera su sombrero al vigilante y de que la madre dejara de hablar. Antes del barro de la montaña. Antes del silencio.

—¿Cuando seas viejo nos iremos de aquí? —le preguntó a papá.

—¿Adónde quieres ir?

—A casa. Quiero volver.

—Ésta es ahora tu casa. ¿Por qué quieres volver?

—Me aburro. El silencio no me deja dormir. No oigo mi cabeza.

—Algún día desearás no oír tu cabeza.

—¿Por qué?

—Es así. Que tu cabeza olvide. Que sirva sólo para colocar el sombrero.

—¿Dónde está tu sombrero?

—Lo vendí.

—No es cierto. ¿Por qué se lo diste al vigilante?

—No lo necesitaba. No iba a tener tiempo de usarlo aquí.

—¿Dónde se va el tiempo?

—Eres muy pequeña para preguntarte por el tiempo.

—Quiero volver.

Volvieron. Muchos años más tarde. Iban a homenajear a papá en la universidad. Ahora Heda vivía allí, en una pensión cerca del campus. Era feliz. Había aprendido nuevos nombres. Nuevos nombres para nuevas cosas. Agrimensura. Política. Medidas, accidentes, cotas.

—La raíz del problema de Europa —decía en casa, cuando volvía el fin de semana cargada de nuevas cosas que contar. Hablando sin parar— es étnica. La raíz del problema de Europa es la decadencia de un sistema.

La madre la miraba con reprobación. Pamuk le tiraba del pelo y le preguntaba por las chicas. Papá sonreía.

En un libro que había leído, había encontrado el nombre de papá. En clase, un profesor lo mencionó. Estaba orgullosa. Muchos estudiantes asistieron al auditorio la mañana de su homenaje. El escenario estaba ocupado por una gran mesa central. El decano de la facultad y el rector de la universidad presidieron el acto. Hablaron de papá. De su juventud. De *La ofensa* y *La especulación*. A Heda le latía deprisa el corazón. Miraba todo el tiempo hacia atrás, por donde pensaba que aparecería papá. Habría una gran ovación. Todo el mundo se pondría de pie. No escuchaba lo que estaban diciendo el decano ni el rector. Sólo quería ver aparecer a papá. Y después, que todo el mundo la mirara a ella.

Papá tardó en salir. Cuando finalmente lo hizo, algunos estudiantes se habían marchado ya. Se sentó él solo en el centro de la gran mesa que ocupaba el escenario, mientras el decano y el rector retrocedían, y tosió. Tosió bastante rato antes de comenzar. Habló de los años de silencio. De la soledad. Del destierro. Heda esperó oírle hablar de sus libros. Esperó oírle emplear palabras grandes, que no fueran las que siempre empleaba, con las que nombraba el huerto, los tomates, la vaca, las gallinas, las hojas muertas o el otoño. Pero sólo habló del tiempo y de las estaciones. De la paciencia de la Naturaleza. Dijo algo sobre la humanidad, caminando como una bestia con cien piernas; sobre el destierro. Y terminó. Heda había aprendido esa palabra en el colegio, *destierro*. Pensó que no era una palabra grande. Que no era una palabra importante. Que era una palabra corriente. Pensó que esa mañana, ella misma podría haber sido la conferenciante. Que papá había hablado de cosas sencillas. Tan sencillas como las que podría haber dicho cualquier persona normal.

EL SILENCIO

Se despierta sobresaltada, llamando a la madre. Está sudando. Ha soñado uno de esos sueños de los que no puede hablar.

—Shhh —dice Pamuk al otro lado del biombo—. Silencio.

Antes no entendía el silencio. Ahora sí. Ella tiene mucho que callar. A veces se pregunta si la gente, cuando no habla, calla algo. Como ella. Si una persona silenciosa es lo mismo que una persona culpable. Como ella. Hubo un tiempo, cuando la vida era la vida, en que las palabras eran criaturas pujantes. Arrebatadas. Con vida propia en su garganta. Atropellándose por salir. Se recuerda a sí misma hablando, contando cosas sin parar. Ella misma como una gran boca sin dientes siempre abierta, generosa. Sólo lengua y paladar y saliva, el jugo de la vida. Las palabras como saltos de agua trepidantes, bañando las riveras de una cueva en donde el mundo crepitaba y reverberaba con un eco fastuoso.

Pamuk se está vistiendo para ir a trabajar. Es tarde. Heda aparta el biombo desde la cama. Lo ve poniéndose el jersey.

—No ha sonado tu despertador.

—No me hace falta ningún despertador —dice él.

Ya no tiene cara de niño. Se ha hecho mayor. Algo mayor que ella incluso. Su voz es un hilo desabrido.

—Sigue durmiendo —le dice.

Heda se incorpora en la cama. Alcanza la bata. Se levanta.

—Quiero llegar temprano a la fábrica. Tengo mucho que hacer hoy.

—Haces mal en ir a trabajar. —La mira tan duramente que parece la madre—. A veces me pregunto si has olvidado quién eres.

A veces, ella se lo pregunta también.

—Alguien tiene que ganar dinero —dice—. Hay que comer.

—Comer no es lo más importante, mujer.

Pamuk casi lo escupe. Termina de abrocharse los zapatos y se pone la guerrera. Lleva prendido en ella el alfiler de Ibbet. Lo lleva a todas partes.

—¿No vas a volver a casa hoy?

—Volveré tarde —dice Pamuk—. Díselo a madre. No os preocupéis por mí.

Pamuk es una de sus preocupaciones más pequeñas. El silencio ha podido con

ellas.

Vuelve a empujar el biombo para vestirse. Hace frío. Le late deprisa el corazón.

PAPÁ

Por la mañana trabaja sin parar. Escribe cartas y las mecanografía en limpio. Una copia para ella, otra para los archivos, otra para el señor Schultz. Por la tarde llaman a la fábrica para decir que papá ha sufrido un ataque al corazón.

Heda se va corriendo al hospital. Papá está en una habitación caldeada, austera pero bien iluminada, metido en la cama con los ojos cerrados. Heda se asusta. Le gustaría pensar que papá está durmiendo, pero no está segura. Tiene miedo de acercarse a él. Una enfermera le trae comida. Pero papá no se ha despertado aún.

—¿Está bien? —le pregunta.

—Ha sido un ataque muy fuerte. Pero está mejor.

Heda se sienta en una silla frente a la cama. Junta las manos. Intenta rezar. Intenta no ser agresiva en su petición. Tiene ganas de gritar. Tiene ganas de increpar a Dios. ¿Qué dios es ese que permite que pase todo esto? Recuerda cuando se marchó de casa a la universidad la primera vez. Papá le dijo: cuando nos echéis de menos, piensa en lo mucho que deseabas marcharte de aquí. Le horroriza pensar que no los echó de menos. Ni siquiera a él.

La madre entra en la habitación. Heda la mira. Ve tristeza en su cara, y un profundo dolor, pero no el terror desesperado que la atenaza a ella. La madre sabía más que Heda. No lo puede creer y por un momento siente un acerado rencor. Una envidia infundada hacia su madre, a la que siempre había creído mucho más alejada de su padre. Se siente culpable por pensar así. Besa a la madre y trata de disimular su abrazo, para que la madre no se aparte de ella como hace otras veces.

—¿Qué ha dicho el médico? —le pregunta Heda.

—Esta vez se va a poner bien.

—¿Esta vez?

—No ha sido la primera. Sufrió otro ataque cuando tú estabas en la universidad.

No puede disimular su rencor. Medio día antes, su padre era un hombre vivo. Ahora no puede despertar, le flaquean los sentidos y su respiración es irregular como la de un anciano. La muerte lo ha marcado. No tardará en volver y llevárselo.

¿Por qué él?, se pregunta. ¿Por qué no otro? La madre. Ella. Pamuk. Se pregunta qué será de ella cuando muera papá.

KNOPF

Debe ir a buscar un remedio a la farmacia. No recuerda dónde está. Nadie se ha puesto enfermo en casa desde que llegaron allí. ¿Qué harán si muere papá? ¿A quién avisarán? No han dejado a nadie atrás. No queda nadie de la familia en el país. Los abuelos murieron de viejos en sus camas cuando Pamuk y ella eran pequeños. Recuerda los rezos, los susurros, los lamentos. Recuerda el cementerio en la parte alta de la ciudad, antes de que todos la abandonaran para ir a vivir al pueblo donde su padre administraba justicia. Antes de que la bombardearan con fuego de mortero. No ha quedado nadie. Ni un hermano de papá que murió antes de nacer él. Ni una hermana de la madre que quedó embarazada a los dieciséis años y que se marchó a vivir a Australia y nunca volvió. Nadie. Nadie que los recuerde. Nadie que los conozca tan bien como para desear que regresen. Pobre papá. El mundo se olvidará de *La ofensa* y *La especulación*. Con la nueva forma de gobierno, en su país ni siquiera permitirán su lectura a los estudiantes en la universidad. Sacarán sus libros de las bibliotecas. No habrá un muchacho curioso que rebusque su nombre entre las fichas, el mismo que pedaleaba enloquecidamente por el campus con la bicicleta del preboste, quizás ahora sea un profesor. Nadie volverá a pronunciar el nombre de papá, porque aquí nadie los conoce, adonde han ido a vivir no existen. El sol que se filtraba por las rendijas de madera de la casa del pueblo y que hacía brillar el polvo en las estanterías. Todo. El pueblo. Las gallinas. La ciudad. Todo desaparecerá.

La farmacia está en un edificio bajo de ladrillo, entre una sucursal del Banco de Comercio y un consultorio médico, en la parte próspera del pueblo. Hace la cola de cinco o seis personas y entrega la nota al farmacéutico. Él la lee sin mirar a Heda y desaparece un momento en la trastienda. Regresa con un paquete envuelto en papel de estraza. Lleva el nombre de papá escrito en él. Es la letra del señor Schultz. La conoce. Reconocería su letra picuda en cualquier lugar. La ha visto mil veces en los documentos que tiene que mecanografiar para él. Siente una especie de emoción. No le gusta. Se siente ridícula cuando recuerda cómo era estar emocionada. Cómo era antes de venir aquí. Antes de la guerra. Antes de que la vida dejara de ser lo que era. Cuando recuerda que la halagaba tener un padre escritor. El orgullo de las altas calificaciones al final del trimestre. El gozo de bailar. Todo le hace sentir ridícula ahora. Un ramalazo de vergüenza le recorre la columna y siente deseos de

desaparecer.

Firma el resguardo que le tiende el farmacéutico y coge el paquete. En la puerta, se da de bruces con Knopf.

—Mira a quién tenemos aquí —dice Knopf, cerrándole el paso—. La puta del patrón.

—Apártate —le dice Heda, rehuyéndolo.

Intenta pasar de largo. Él se lo impide y la empuja contra la puerta. Dentro de la farmacia, el farmacéutico mira un momento y vuelve luego la cabeza.

—¿Qué quieres? —pregunta ella.

Knopf la empuja otra vez. La campana suspendida sobre el dintel tintinea y el farmacéutico mira de nuevo hacia ellos.

Knopf se ríe. Es su gesto más habitual.

—Putra traidora —murmura.

La suelta y Heda sale al exterior. En la calle echa a correr. Sin rumbo fijo. Siente el corazón en la garganta. El mercado de abastos escupe hombres con delantales de rayas empujando carretones de madera y mujeres con grandes bolsas de papel. Mira todo sin comprender qué hace allí. Aún lleva en la mano el medicamento de papá. Mira la letra de Schultz y desea no haberla visto nunca. No haber venido nunca allí.

Luego se muerde los labios con rabia. Se echa a llorar.

PAPÁ

Hoy tampoco ha ido a trabajar. Quiere quedarse a cuidar de papá. Aunque la madre no lo apruebe. Tienes que conservar tu trabajo por lo que pueda pasar, le dice. Por lo que pueda pasar. Heda se sienta en el borde de la cama junto a papá, y lee para él. No el libro del ermitaño, sino algo hermoso, esperanzador. Papá se duerme. Se queda dormido enseguida. Duerme todo el día. Heda, a veces, sube el tono de voz para que papá despierte. Al estar acostado tanto tiempo, en posición horizontal, se intoxica con su propia respiración. Eso dice el doctor. Ella lo mira y siente culpa, miedo. Todo este tiempo preocupada por su insignificante corazón, mientras el de papá se ha roto de verdad.

Schultz llama desde la fábrica a última hora de la mañana.

—¿Cómo está su padre? —le pregunta.

—Mal.

Se hace un silencio.

—No debe desesperar —dice Schultz. No sabe qué decir. Intenta resultar reconfortante, pero suena ficticio—. Su padre se recuperará. Es un hombre fuerte.

No, no lo es, piensa Heda. Pero él no lo puede saber. Él no tiene la culpa, en realidad.

—Sí. Esperemos que sí.

Heda aguarda un instante a que Schultz diga algo más para colgar.

—¿Necesitan alguna cosa? —pregunta Schultz—. Si necesitan algo, hágamelo saber.

—Gracias por la medicina —dice Heda.

—Volveré a enviarle más. Y no se preocupe por el trabajo. Vuelva cuando pueda. Con la huelga, aquí no hay mucho que hacer.

Su voz ha sonado sincera. Blanda. Le da pena.

A media mañana, el teléfono suena otra vez. Heda se apresura a responder, piensa que tal vez pueda ser Schultz de nuevo, aunque no sabe por qué.

Es Tobbías.

Se aparta un poco para hablar. Tobbías está en el trabajo. La invita a ir al cine.

—No puedo —dice ella después de un rato.

—¿Por qué?

Le dice que está cuidando de papá. Él no insiste. Cuelga el teléfono y permanece un instante con la mano sobre él. Luego vuelve a descolgar y marca el número de la fábrica donde trabaja Tobbías. Pide a la operadora que la ponga en comunicación con él. La operadora no responde, pero obedece. Puede imaginarla, puede sentir su curiosidad. Tobbías contesta al teléfono un instante después.

—Sí.

—Soy yo.

—Me alegro de oír tu voz otra vez.

—No tengo ganas de ir al cine —dice ella—, pero podemos vernos. Iré a tu casa. Tobbías tarda un instante en contestar.

—No quiero que hagas nada que no quieras hacer.

—Estaré allí a las seis.

V

EUROPA

La ceremonia será celebrada en un pequeña iglesia en la ciudad. No asistirá nadie del pueblo. Sólo sus padres. Su hermano. La madre y la hermana de él. Él querrá comprarle un vestido nuevo.

Heda lo mirará con desdén.

—¿Para qué?

Él se pondrá a la defensiva.

—¿Es que no quieres casarte conmigo?

Ella le hará una caricia y lo besará. Es tan infantil. Él la estrechará contra sí como otras veces, interrogándola con la mirada. Buscará algo en su rostro. Un gesto de duda. Una mínima señal de obstinación. Su beligerancia habrá ido siendo cada vez mayor. Ya no la ocultará. Que ella no lo necesite igual que él. Que pueda vivir sin estar juntos. Que mire a otros hombres, hombres inferiores a él, como ese joven de su país. Lo mortificará.

—No quiero que lo veas más —dirá.

—Eso no puede ser —dirá ella.

—¿Por qué? ¿Por qué no?

—Porque me recuerda quién soy.

—¿Y es que acaso te gusta ser quien eres? ¿De verdad te gusta?

No le gustará, no. Nunca le habrá gustado sentir miedo. Vestir ropa usada. Llevar zapatos viejos. Pero sospechará que nunca dejará de ser lo que es. No podrá. No se lo permitirá. Sería incluso un pecado mortal, pensará. Una iniquidad. Otros habrán muerto. Ella no.

—¿Por qué no me dejas? —le dirá ella—. ¿Por qué quieres casarte conmigo?

—Porque te quiero —dirá él—. Y tú me quieres a mí.

—Nadie más nos querrá.

Él tirará de sus manos y la aproximará hacia sí.

—Te compraré un vestido —dirá acariciando su pelo.

—Cómprame un vestido, sí —dirá ella—. Un vestido blanco que me haga sentir nueva. Una muchacha de tu país.

EL TREN

El soldado está dormido. Heda se aparta de él. Se quita de encima del pecho un brazo aislado, exento. Retorcido. Al hacerlo, no siente nada. Sólo el zumbido del aire ya lejano dejándose caer en sus oídos. Los impactos que se espacian cada vez más. Tiene los músculos agarrotados. No se puede desentumecer. Hay un mundo líquido ahí afuera, inasible, rodeándola. Se deforma cuando intenta moverse para tocarlo. Cuando intenta incorporarse para ponerse en pie, se aleja. El sol en las vías. El humo en el bosque quemado. El reflejo del tren en el cristal del apeadero sobre el río.

Sus bragas, arracimadas alrededor de los tobillos, están manchadas de grasa y de barro. Intenta quitárselas, dejarlas allí. Oye ruidos de pisadas, botas que hacen crujir las hojas y las ramas entre los árboles. El rugido de un motor. Mueve la mano y tira de las bragas, que ascienden rápidamente por la piel lacerada de los muslos. Hasta que una punzada de dolor le hace sentir el cuerpo otra vez. Pesado. De carne. Desea salir corriendo. ¡Hazlo! Los dedos agarrotados por el frío, pero ya no importa el dolor. Correr. Correr hasta que el ruido del motor quede atrás, y la música de la radio en la guerrera del soldado, y ella caiga exhausta contra el suelo, como un saco de borra, llamando la atención del ojo amarillo con sombrero que la observa desde el cielo.

TOBBÍAS

La casa de Tobbías es vieja y húmeda, fea. La habitación está caldeada tan sólo por un pequeño radiador. Anochece. Sobresaltada, mira la hora en su reloj. Siente su cuerpo frío moverse por debajo de las sábanas. Tiene que marcharse. A su lado, Tobbías respira regularmente por la nariz. Su rostro, enmarcado por la almohada, tiene la expresión pacífica, beatífica y relajada de un niño. No se parece en nada a Schultz. Ni en la tensión del cuello. Ni en la expresión alerta de las aletas de la nariz. Ni en el entrecejo azul.

Acerca la mano a su cabello. Siente pena. Y alivio. Nota de nuevo el tropiezo del aire pesado por encima del esternón. Tiene que respirar. Tiene que impulsar el aire y dejarlo salir. A veces el silencio le juega esas malas pasadas. Se incorpora con la mano derecha en el pecho, por encima de la sábana. Está desnuda. Se viste sin hacer ruido.

Luego se va.

LA CASA

Pamuk zarandea el brazo de Ibbet, que está sentada a su lado, y sonrío. Ella sonrío también. Lleva un lazo amarillo en la cabeza. Pamuk lo toca todo el tiempo, haciendo sonreír constantemente a Ibbet. Sigue siendo la muchacha tímida de siempre, pero ahora se deja ver más a menudo, siempre al resguardo de Pamuk. Se han hecho novios. Heda envidia la ingenuidad de Ibbet. Envidia el amor de Ibbet, que se aferra al brazo de Pamuk como si fuese el hombre más alto del mundo. Le gustaría ser como ella. Pero no puede. Apenas puede mirar a los ojos de su hermano cuando está con él. Tobbías lo nota. La toma de la mano, la besa. Habría podido casarse con él, piensa. O con otro igual que él. En otro tiempo. No ahora. No allí.

Papá se encuentra mejor y se ha levantado de la cama. Ha puesto en el tocadiscos una canción de su país. Algo sentimental, vagamente melancólico. Acordes breves y desgarrados. Con quiebros exacerbados. Nostálgicos. Algo casi doloroso. Femenino. Infantil. Es como si hubiera vuelto a ser un niño. Protesta. Se enfurruña. Bromea con las cosas de la casa y hace perder la paciencia a la madre.

Ahora intenta sacarla a bailar, pero la madre lo rechaza y lo obliga a sentarse. Sin embargo, papá no quiere estarse quieto. Prueba con Ibbet. Ibbet se ruboriza y se escuda detrás de Pamuk. Heda se levanta y baila con él. La madre para la música y hace que papá se siente a la mesa de la cocina, y le sirve un poco de sopa y una naranja de las que envía el señor Schultz.

Heda mira sus hombros, mal dibujados bajo la bata a cuadros, más estrechos que nunca, subiendo y bajando, contra la luz.

HUELGA

—En la fábrica de relojes han traído trabajadores de otros pueblos —dice alguien—. Hoy han despedido a dos de los nuestros.

Dice otro:

—En la de plásticos están hablando de abandonar.

Se hace el silencio. Los ojos se miran derrotados en señal de entendimiento. De camaradería. De solidaridad. Knopf entra por la puerta sacudiéndose las mangas del gabán. Trae el pelo humedecido, pegado al cráneo. Desde el incidente en la farmacia, no lo había vuelto a ver. En la mesa, todos levantan la mano y lo saludan, sin embargo, nadie lo mira a la cara. Nadie le pregunta cómo está. Ha traído un periódico donde se habla de las movilizaciones llevadas a cabo en otras partes del país. Pero nada sobre las fábricas de allí. Se lo muestra a los demás.

—De lo único que hablan es del asunto de Vanÿek —dice—. Bah. Quieren desviar nuestra atención. Que la gente piense y hable de otra cosa. Pero eso no nos tiene que confundir. Hay que seguir con los paros.

Un murmullo general recorre la mesa.

—Tú no tienes ninguna boca que alimentar —dice Jean. Su mujer acaba de dar a luz—. Nos cuesta mucho dinero parar.

—Es cierto —dice otro.

—Si ellos paran, nosotros debemos hacerlo también —dice Knopf—. A nosotros solos no nos escucharán. Pero si paramos con ellos, nos beneficiaremos de lo que consigan para sí.

—Pararemos, y luego se olvidarán de nosotros —anuncia Piotr desde la barra.

—Nos sustituirán por esos trabajadores que han traído. Nos tratan como a animales.

—Pretenden hacer creer a todo el mundo que uno de nosotros mató a Vanÿek —dice Pamuk—. Uno de los nuestros. En la fábrica, sólo se interroga a los de nuestro país.

—¡No somos más que escoria para ellos! —grita Knopf.

Tobbías suelta la mano de Heda por debajo de la mesa, y se pone de pie.

—No es cierto —dice—. Además, si están investigando es porque quieren averiguar quién lo mató.

Knopf da un puñetazo en la mesa.

—Lo único que quieren es desviar la atención de la gente para que nos olvidemos de la huelga. Schultz o cualquiera de los otros podría haberlo hecho —dice mirando a Heda.

Heda se levanta. Todos la miran. Parecen advertir en ella algo inusual. Sale a la calle y respira el aire helado con dificultad. Tobbías sale un instante después.

—¿Te sientes mal? ¿Qué te pasa?

Desde allí se oye a los hombres discutir aún sobre la huelga, sobre las movilizaciones. Alguien vuelve a gritar el nombre de Schultz.

LA GUERRA

A lo lejos, oye la explosión. Fuego de edificios al norte. Es la universidad. Ya no habrá más clases ni expectativa ni mañana. Ni ayer. Ella retenida en la frialdad del vagón. En la oscuridad, la voz de un locutor, sonido de música en la radio. Vanjek, tirando de la otra chica, que se queja quedamente, ya sin fuerzas, ha encendido un cigarrillo. Se detiene junto a la vía, mientras la brasa incandescente del tabaco se incendia a intervalos en la oscuridad. Heda la ve aparecer y desaparecer. Como un faro que se desvanece entre la bruma.

Está a punto de anochecer. La chica ha dejado de quejarse. Sin más luz que la de las ventanillas del tren, Heda observa a su alrededor. Los escombros, un carrito de bebé, zapatos disparejos, regueros de alguna clase de fluido, tal vez gasolina. Ha pasado del campus desierto, abandonado por los estudiantes esa misma tarde, al tren detenido en el bosque. De los cuerpos silenciosos de los estudiantes, impelidos hacia delante por una especie de gravitación universal, de su fuerza, a los soldados haciendo una hoguera con los tablones arrancados a los vagones del tren. De los empujones y codazos a medida que la fila de tanques avanzaba, como en un baile público, al cuerpo medio desnudo y helado de la chica, arrojado entre las hojas.

En la distancia, se oye la segunda explosión. La oscuridad se llena de un reflejo anaranjado, estridente. Su cuerpo pegado a la pared. El miedo resbalando por los muslos. La pavesa roja lamiendo la oscuridad.

Y aquellos ojos como dientes.

LA FÁBRICA

Nadie sube ni baja durante el trayecto en autobús. Dormita con la cabeza apoyada en el cristal. Los campos se suceden. Almacenes. Maquinaria de labranza. Le gustaría bajarse. No tener que ir a trabajar. No tener que hacer nada. Dormir.

Hay coches de la policía aparcados a la entrada de la fábrica. Gente con pancartas. Silenciosos aún, con las cabezas bajas. Es temprano. Heda da un rodeo y accede a la oficina por la parte de atrás. No hay nadie allí. Se sienta en el mismo lugar donde Schultz la besó. Aguarda. Hace frío. Ha olvidado la bufanda y los guantes. Le duelen las manos.

Cuando suena la sirena, se levanta y entra en la oficina. Mientras cruza la pasarela ve la silueta de Rachel tras el cristal, de pie. Hay dos hombres con ella. Un policía uniformado y un hombre de paisano con sombrero. Son los policías que vio salir aquel día del despacho de Schultz. Están esperando junto al escritorio de Heda.

—Buenos días —dicen cuando ella entra.

—Buenos días —repite Rachel. Aún no ha empezado a trabajar. Está aguardando a que Heda se quite el abrigo, que comience el interrogatorio, que la saquen esposada de allí.

El policía del sombrero saca algo del bolsillo y se lo muestra. Es una fotografía. De un hombre. Tiene la cara picada de viruelas.

—¿Lo conoce? —le pregunta.

—No —dice ella.

—Mírelo bien.

Heda obedece. Coge la fotografía y la vuelve a mirar. Es Vanÿek. Lo sabe. Ha visto su cara demasiadas veces en las últimas semanas. En los periódicos. En la televisión. En cada hombre y mujer.

—Es Vanÿek —dice devolviéndole la fotografía al agente—. Trabajaba aquí.

El policía uniformado se adelanta.

—¿Era amigo de su familia? —le pregunta.

Heda contesta:

—No.

—¿Lo había visto alguna vez fuera de aquí? ¿En la cantina? ¿En el pueblo?

—No.

—¿Está segura? —insiste el del sombrero—. No mienta. Sabemos que su hermano y él discutieron. Que Vanÿek lo delató y por eso lo despidieron.

Heda los mira a los dos. Pamuk, despedido.

—No sé nada de eso —dice Heda.

¿Dónde está Schultz?, se pregunta. ¿Por qué no está allí?

—Su padre ha venido a vernos —dice el policía del sombrero adelantándose, algo más cortés—. Se ha confesado el asesino de Vanÿek.

Heda se siente desfallecer.

—Eso no es verdad —dice—. Mi padre está enfermo.

—Seguramente lo está —dice el oficial—. Pero debemos seguir investigando.

Revuelve en el bolsillo de su abrigo y saca una bolsa de plástico con algo en su interior. Es una pequeña flor bordada prendida de un alfiler. Como la flor que hizo para ella Ibbet.

—¿Es suyo? —le pregunta.

Ella sabe que no lo es. El suyo está metido un cajón de la mesilla, junto a sus horquillas y revistas. ¿Cómo ha podido llegar hasta la policía uno de los alfileres de Ibbet?

—¿Dónde lo han encontrado? —pregunta Rachel.

Los dos policías se vuelven a mirarla con desgana. Contestan:

—Lo llevaba el muerto en un bolsillo.

—No lo he visto en mi vida —dice Heda.

Toman sus datos. Apuntan su dirección en una libreta. Rachel los acompaña hasta la salida con una mueca de preocupación.

PAMUK

Pamuk ha tenido una pesadilla. Al otro lado del biombo, Heda lo oye llorar.

—¿Qué te sucede? —le pregunta.

Se hace el silencio. Después, Pamuk enciende un cigarrillo y ella escucha cómo exhala el humo por la nariz.

—Duérmete —le ordena él—. Voy a prepararme para ir a trabajar.

Se cree duro, un hombre. Algo que no rompieron los bombardeos ni la muerte se ha roto aquí. Algo que no tiene que ver con la fuerza, sino con la voluntad. Con las huelgas. Con Ibbet.

—Dime —le pregunta Heda—. ¿Te ha interrogado la policía a ti también?

Al otro lado del biombo, Pamuk se mueve sobre el jergón.

—Sí.

—¿Qué les has dicho?

Aguarda un instante antes de contestar.

—Nada. Qué les iba a decir. —Después de un rato, añade—: Creen que yo he matado Vanÿek.

Heda se incorpora. Pregunta:

—¿Por qué?

—Intentó sabotear la huelga —dice Pamuk—. Habló con Schultz y con los otros. Hace tiempo que conocían los nombres de todos. El mío. El de Jean. El de Tobbías. El de Dorian y Mishca. Era un cabrón. Merecía estar muerto.

Heda piensa en que su hermano haya podido ser el asesino de Vanÿek. Es una posibilidad.

Dice:

—Cuando lo encontraron, Vanÿek llevaba encima uno de los bordados de Ibbet.

—¿Cómo sabes eso? ¿Te lo ha dicho Schultz?

No contesta.

—Hace tiempo que no voy a trabajar, Heda —dice Pamuk—. Schultz nos despidió a mí y a otros cuantos hace casi tres semanas. Papá lo sabe. Madre, no. —Al otro lado del biombo, Pamuk añade—: Yo no lo maté, Heda.

Ha acabado de vestirse. Aparta el biombo y cruza la habitación. Dice:

—¿Qué tienes que ver con Schultz, Heda?

Heda lo mira sin comprender.

—No te das cuenta de lo que haces. ¿Tobbías no es suficiente para ti?

Tal vez tenga razón. Se da la vuelta en la cama y contesta:

—Llegarás tarde a la huelga.

EUROPA

Él dormirá. Heda acariciará sus cabellos. Entonces, él abrirá los ojos y la observará. Sin sonreír. Sin hablar o moverse. Su boca no se habrá desprendido aún del rictus del sueño. Parecerá una raya dibujada en la arena. Curvada hacia abajo en los extremos. La arena. La playa. El mar. La monótona cadencia de una grúa al final del pueblo, horadando la tierra. Profanándola. A Heda le dolerá el abdomen y se le habrán dormido las piernas. Él moverá una mano por debajo de la sábana y la acariciará. Ella se apartará. Tendrá frío. Tendrá ganas de orinar. Hará lo que debe hacer. Pero aún es pronto, pensará, le faltarán las fuerzas. Tantas cosas por vivir, por llevar a cabo, por acometer juntos. Todo habría estado sólo comenzando. Habrían podido llegar a cada rincón de la tierra, a cada ciudad, a cada habitación, al corazón mismo que palpita dentro de las cosas. Tan lejos.

A través de la ventana, se oirá un avión. Un claxon. Un perro ladrando en un portal. Cambiará de postura en la cama y le dará la espalda a él. Le dolerá el abdomen otra vez. Hará dos horas que le dolerá. Le dolerá ya antes de haber llegado, mientras camine en dirección a la pensión, atravesando el silencio de la población en domingo. Le dolerá mientras hagan el amor, mientras lo abrace con furia, como si fuera el causante de su angustia, de su sueño, de todos los males del mundo.

—¿Quieres agua? —le preguntará él.

—No —contestará.

Él se levantará y caminará hacia el fondo de la habitación. Entornará la puerta del baño tras de sí. Orinará contra la superficie de loza. Accionará la cisterna y abrirá el grifo. Beberá agua, saldrá. Se sentará en la cama junto a Heda. Estará despeinado. Se inclinará a recoger sus ropas del suelo y se pondrá el *slip*, los pantalones; el *jean* aún desabrochado dejará al descubierto una franja de piel. Heda se cubrirá la cara con las manos. Pero no podrá llorar. Mirará sus hombros, la curva de la nuca bajo un pliegue de la piel, el tosco tejido de la lana de su jersey. Resultará extraño y a la vez agradable. Se imaginará ese cuerpo dentro de unos años. Hará dos días era el cuerpo de él. A partir de hoy, no.

Mientras se ponga los zapatos, él le dirá:

—¿Te encuentras bien?

Ella se doblará por la cintura y ahogará un quejido.

—Sí.

—Estás pálida.

Él le apartará el pelo de la cara. Ella deseará abrazarlo. Deseará abrazarlo, y que él la abrace también y que sea como estar con Dios. Pero no tendrá energía. Sentirá ganas de vomitar.

Sonará un portazo en la habitación de al lado. Heda se levantará. En el aire habrá una nota, un acorde grave y extraño que recordará a un enjambre de abejas. Caminará hasta la ventana y apartará la cortina; mirará hacia el exterior. A lo lejos, en el horizonte, se verá el resplandor rojizo del crepúsculo. Deseará volver a la cama pero no lo hará. Permanecerá allí, de pie, junto al ventanal, mirándolo. Intentando guardar su imagen para siempre.

—¿Qué te pasa? —dirá él.

Fruncirá los labios e irá hacia ella. Volteará sus hombros hasta tener la cara de Heda frente a sí. Luego abrirá los labios y la besará. Una parte de Heda querrá quedarse con él. Amarlo y reconfortarlo.

—Todo se arreglará —dirá él—. Seremos felices. Ya lo verás.

—Vete de una vez —le dirá Heda—. No debes hacerlos esperar.

PAPÁ

Rachel no le dirige la palabra. Ha salido a comer con su marido. Él le ha regalado una pecera para celebrar su embarazo, y Rachel la ha traído con ella después de comer. La ha dejado sobre el archivador. Dentro, un pez pequeño de color indefinido se ha pasado el tiempo nadando en círculos.

A la hora de salir se levanta para ponerse el abrigo, pero una arcada la obliga a sentarse otra vez. La arcada desciende por su estómago. Luego vuelve, repiquetea en sus sienes, se instala en la garganta. Heda consigue retenerla, pero al instante la cabeza le pesa. Se siente desfallecer. Oye el golpe de su cráneo al caer sobre la mesa.

Cuando despierta, está sentada junto a Schultz. Van en su coche. Le duele la cabeza. Le pitan los oídos. Se palpa el vestido: no hay rastro de vómito, está limpio. Aunque no tanto como el coche de Schultz. Todo reluce en él. Los cromados del salpicadero. El parabrisas. Huele a ambientador. Se marea. Él conduce con los ojos fijos en la carretera. Los campos desiertos y helados, los árboles plateados de esqueléticas ramas, todo se sucede tras la ventanilla a gran velocidad.

Cuando repara en que se ha despertado, Schultz carraspea. Aminora la marcha.

—¿Se encuentra mejor? —le pregunta.

Heda asiente.

—He decidido llevarla yo mismo a su casa. El médico de la fábrica se había marchado ya.

Vuelve rápidamente la cabeza para mirarla otra vez.

—¿Seguro que se encuentra mejor?

—Sí —contesta Heda.

—¿Qué le pasa?

—No me pasa nada.

—Está enferma. Debería verla un médico.

Durante los minutos siguientes, miran los dos la carretera. Llegan al pueblo. Las calles están desiertas y la noche, que ya ha terminado de extenderse, hace que todo parezca inofensivo y muerto. Schultz detiene el coche en la calle Sylvester, frente a su portal. Es fácil averiguar dónde vive. Es una empleada más. La observa en silencio un instante y luego dice:

—La ayudaré a subir a su casa y me iré.

—No —dice Heda.

Sale del coche. Él lo rodea para ir a abrirle la puerta, pero ella está ya entrando en el portal. En la escalera, Schultz la retiene. Su silueta se oscurece cuando se acercan a la luz. La empuja contra la pared. Sonríe. Siente sus manos abarcándola por primera vez.

—Vamos —dice apartándola de sí.

Toma su brazo mientras inicia el ascenso de la escalera. Cuando llegan, la puerta de la casa está abierta. Heda se alarma. Algunos vecinos los miran desde dentro de sus casas, asomando sólo la cabeza, con una mezcla de curiosidad y prevención. Pamuk, hecho un ovillo, está sentado en el suelo junto al umbral. No los mira, no levanta los ojos del suelo. Ni siquiera se mueve. Se oye rumor de pasos en el interior de la casa. Heda suelta el brazo de Schultz. Ruega que no sea papá. Sabe que no está bien, que algo superior y justo, imparcial y muerto, la condenará por elegir. Cuando ve la figura de la madre en la penumbra, enmarcada por la casa extraña, llena de sombras, sabe que no podrá seguir viviendo en un mundo sin papá. No podrá.

—Vamos —le dice a Schultz.

Tira de él hacia la calle. Schultz se deja arrastrar. Heda lo agradece. Todo su cuerpo se ha vuelto macizo, no siente huecos ni fluidos dentro de él. No siente la sangre bombear. Dentro del coche, se aprieta contra Schultz. Schultz arranca y las luces de las casas, pequeñas, quedan atrás.

SERMÓN

Heridlo y domesticadlo, doblégadlo y forzadlo a avanzar a vuestro ritmo angustioso, someted al mundo a vuestro miedo. Soñad con el Paraíso que poblasteis una vez, donde os habíais solazado, recogido sus frutos, gozado en sus regatos, donde la abundancia de alimento y la vivífica luz, los áulicos silbidos de los pájaros y los sempiternos pastos os habían prodigado sus cuidados.

Meros conceptos, un instante tras otro, y otro, y otro más.

Llorad, ocultos y agazapados, soñad con un porvenir mejor.

Y así, yaciendo junto al Hombre, sabréis de él más que él mismo, conociendo sus sueños os adelantaráis a él y a sus amenazas, a sus deseos. A su propia muerte.

EL FUNERAL

El funeral de papá fue multitudinario. La huelga había acabado, todos los obreros de la fábrica de Schultz estaban allí. Era su manera de manifestarse en contra de él. De manifestar su rechazo por el resultado, por las medidas tomadas contra ellos. De levantarse y de mostrar, con el último resto de sus fuerzas, que todavía eran hombres.

La fábrica se abrió para celebrar el funeral, el señor Schultz lo quiso así. Schultz asistió como uno más. Miró a la multitud de hombres y mujeres de su país, entre los que se encontraba Heda, con temor. Con desconfianza y, a la vez, con la severidad de un patrón. Heda, entre la madre y Pamuk, lo observó desde lejos, en la distancia, como se observa al enemigo. Lo odió. Odió a Schultz por ser un habitante más de este país. Odió a Schultz por ser el dueño de la fábrica, por despedir a Pamuk, por dar trabajo a papá, un empleo anónimo y pobre, de maestro. Su padre, que ninguna culpa tenía de lo que otros hombres quisieran proclamar, gritar, como no la había tenido entonces, en su país. Papá sólo era un hombre hecho de carne y piel suave, de voz juvenil. El autor idealista que había escrito *La ofensa* y *La especulación*, que había huido de la gente en lo convulso de los tiempos, que se había retirado, y que quería vivir y no morir.

Acabado el sermón del sacerdote, Schultz pronunció unas palabras. Habían instalado un micrófono en la plaza central de la fábrica, delante del almacén, donde ella solía sentarse a leer los libros de papá. Donde Schultz la besó por primera vez. Schultz habló de valentía. Del bien y del mal. De comer. Y de algo parecido a aquello que una vez le había oído decir a papá, sobre la Humanidad, acerca de la criatura que camina sobre cien piernas, como la bestia vieja y humana que era.

No la conmovió. Habría debido conmoverla escuchar a Schultz hablar así de papá. Pero no lo hizo. Cuando todo terminó, abandonaron la fábrica la madre, Pamuk y ella, seguidas por el señor Schultz, su propia hermana y su madre.

Algún tiempo después, las cosas se solucionaron mágicamente. En el país cesaron las huelgas. Acusaron a Knopf de la muerte de Vanjek. Todo volvió a la normalidad. La muerte tenía ese poder. Ella ya no era la misma, la Heda que había muerto y vuelto a la vida, muerto y vuelto a la vida, una y otra vez. Ahora había muerto para siempre. Pero daba igual. En la casa de la calle Sylvester, Schultz y ella acompañaron a la madre a la cama, y le llevaron caldo y té. Pamuk los siguió con la mirada torva y

los dejó hacer, porque no halló, posiblemente, más oposición a la que aferrarse dentro de sí.

Heda permaneció en el salón mirando los trozos de papel desgarrado desprendidos de la pared. Sintió deseo de arrancarlos y ver qué había debajo. Quizá encontrase los restos de otra civilización. De otras vidas. Proclamas de una guerra anterior. En la tele anunciaban el comienzo de las hostilidades en un país vecino al suyo, el buen tiempo, y el despertar de la primavera, que se preveía, para este año, estable y duradera.